

AHI

VIENE

FIDEL

YONET LÓPEZ RICARDO
WILMER RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ

Edición: *Olivia Diago Izquierdo*
Diseño de cubierta: *Ernesto Niebla Chalita*
Diseño interior: *Liatmara Santiesteban García*
Realización: *Liatmara Santiesteban García*
Corrección: *Catalina Díaz Martínez*
Realización de la versión digital: *Ruth Casa Editorial*

© Yunet López Ricardo, 2017
© Wilmer Rodríguez Fernández, 2017
Sobre la presente edición digital:
© Casa Editorial Verde Olivo, 2018
© Ruth Casa Editorial, 2018

ISBN: 978-959-224-402-3
ISBN: 978-9962-703-64-8

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en ningún soporte sin la autorización por escrito de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo
Avenida de Independencia y San Pedro
Apartado 6916. CP 10600
Plaza de la Revolución, La Habana
volivo@unicom.co.cu

Ruth Casa Editorial
Calle 38 y ave. Cuba, Edif. Los Cristales,
oficina no. 6, Apartado 2235, zona 9A, Panamá
rce@ruthcasaeditorial.org

*A Fidel,
quien nunca defraudó a su pueblo.*

*A Cuba,
que siempre confió en él.*

Índice

Cuba a media asta /8

La Habana

Voy a pasar por donde está el pueblo /26

Mayabeque

Despiérteme, Comandante /37

Matanzas

¡Gracias por todo, Fidel! /46

Villa Clara

¡Hasta la victoria siempre! /57

Sancti Spíritus

¡Gigante, eterno Comandante! /74

Ciego de Ávila

El pueblo está contigo /82

Camagüey

¡Mira, ahí va Fidel! /89

Las Tunas

Palomas sobre Fidel /103

Holguín

Los agradecidos te acompañan /112

Granma

No hay un solo altar sin una luz por ti /122

Santiago de Cuba

Gracias, Santiago /134

Audio

Cabalgando con Fidel /160

Detrás de estas crónicas está la ayuda de muchos; desde barbudos que viajaron con Fidel en la caravana de 1959 hasta ancianos que nos contaron sus vivencias de aquellos primeros días de enero cuando lo vieron pasar victorioso, y sus recuerdos de ahora, en que lo contemplaron dentro de una cajita de cedro cubierta por nuestra bandera.

De todas partes de Cuba hubo personas que nos facilitaron llegar a los testimonios, muchos de ellos inéditos, como Adriana Fajardo, Ana María Navarro, Ernesto Guerra y los tenientes coroneles Ernesto Michel, Ramón Gilart Hernández y Maximiliano Roberto Maza Arango.

El agradecimiento a los periodistas Katiuska Blanco, Minoska Cadalzo, Elvis Gil, Ana Teresa Badía, Pedro Arturo Rizo, Eviezer Tamayo, Javier Alejandro Brito y a Daycar Saladrigas, directora del periódico camagüeyano Adelante. También a la Dirección Política de las FAR, al diario Juventud Rebelde y al Sistema Informativo de la Televisión Cubana.

A Luis Báez y Pedro de la Hoz, porque su libro Caravana de la Libertad nos sirvió de consulta para narrar momentos de estas crónicas; y por la lectura de los manuscritos al general de brigada Ernest Feijóo Eiro y al coronel Jorge Velázquez Segismundo.

Ahí viene Fidel es también de los fotógrafos Roberto Chile, Alex Castro, Juvenal Balán, Abel Rojas, Fernando Medina, Roberto Garaicoa, Aslam Castellón y la teniente coronel Francyc Espinosa; de los camarógrafos de la Televisión Cubana Antonio Gómez, Loquillo; Tomás Oliveros y José Luis Oviedo, y de todos aquellos que por aire o tierra acompañaron o esperaron, durante esos cinco días y cuatro noches desde La Habana hasta Santiago de Cuba, el cortejo fúnebre del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz.

«Sé, además, que nunca más en nuestras vidas volveremos a presenciar una muchedumbre semejante, excepto en otra ocasión —en que estoy seguro de que se van a volver a reunir las muchedumbres—, y es el día en que muramos, porque nosotros, cuando nos tengan que llevar a la tumba, ese día, se volverá a reunir tanta gente como hoy, porque nosotros ¡jamás defraudaremos a nuestro pueblo!»

FIDEL CASTRO RUZ
8 de enero de 1959



Cuba a media asta

Los primeros aires del invierno refrescaban La Habana. Era miércoles 16 de noviembre de 2016 y se movían las hojas más altas de los árboles. Por las calles iban los mismos de siempre; niños hacia la escuela, parejas presurosas, obreros soñolientos, jóvenes agitados, viejos serenos... y muchos abriendo la mirada frente a las páginas de los periódicos.

Como luz de ciudad desvelada allí estaba él, desde las fotografías, con su barba de las mil batallas rociada de nieve, blanca igual que el abrigo, con sus ojos chispeantes que parecían quemar los espejuelos, conversando, recibiendo en su casa, como ya era costumbre en los últimos diez años, a mandatarios y personalidades de todo el mundo que llegaban a la Isla.

Las portadas de los diarios hablaban de la tarde anterior, del encuentro entre él y Tran Dai Quang, mandatario de la República Socialista de Vietnam. De nuevo sabíamos de Fidel por los medios y nos animaba verlo.

«Se ve bien, hasta recibió al presidente de Vietnam», decían algunas voces que parecían ponerse de acuerdo en la frase. Alguien desde el extranjero, mediante las redes



El Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz recibe en su casa al mandatario vietnamita.
Foto: Alex Castro



Fidel despide al presidente de Vietnam.
Foto: Alex Castro

sociales, comentó: «Alegría en el pueblo cubano...; no existirá noticia más alentadora para los fidelistas que saber que nuestro padre se mantiene muy bien de salud».

Porque él estaba presente, lo sentíamos combatiendo todavía, y aunque ya no hablara por más de seis horas en televisión o apareciera de imprevisto en cualquier rincón de Cuba, estaba ahí. Esa mañana fresca de noviembre, no podían saber los que abrieron la mirada ante las páginas de los periódicos, ni siquiera el visitante vietnamita, que sería él quien acompañaría a Fidel en sus últimas fotos públicas.

Con su sabia virtud de anticiparse a lo que está por venir, unos meses antes, en abril, durante la clausura del Séptimo Congreso del Partido Comunista de Cuba, él se despidió. «Pronto seré ya como todos los demás. A todos nos llegará nuestro turno...».

Y quien hablaba era un hombre con casi noventa agostos encima, vestido de otra manera pero con el pensamiento revolucionario del veinteañero que en 1953 asaltó con un puñado de muchachos el cuartel Moncada en Santiago de Cuba, la segunda fortaleza militar del país.

Era el mismo de la prisión y del exilio en México que a finales de 1956 desembarcó en un yate pequeño con ochenta y un inexpertos guerrilleros y, luego en la Sierra Maestra, con unos pocos hombres inició la lucha y venció en veinticinco meses al poderoso ejército de la dictadura de Fulgencio Batista, que desde 1952 había golpeado el futuro de Cuba.

Fidel, el hombre que vivió ciento ochenta años porque apenas dormía, por casi cincuenta años dirigió los destinos del país. Desde el inicio de su gobierno habló claro, alertó que el camino no sería fácil; y no por eso dejaron los cubanos de acompañar a quien convirtió la Isla en una nación digna, en el único país latinoamericano sin desnutrición infantil ni problemas por drogas, con la esperanza de vida más alta, una escolarización del ciento por ciento y ningún niño viviendo en la calle.

Por eso lo querían tanto y hubo miedo a perderlo desde mucho antes del triunfo; pero, sobre todo, desde aquel verano de 2006. El Comandante enfermó y, días después, el 31 de julio, hizo público su padecimiento. Entonces, en su proclama, escribió al pueblo, como siempre, con la verdad:

Con motivo del enorme esfuerzo realizado para visitar la ciudad argentina de Córdoba, participar en la Reunión del

Mercosur, en la clausura de la Cumbre de los Pueblos en la histórica Universidad de Córdoba y en la visita a Altigracia, la ciudad donde vivió el Che en su infancia y unido a esto asistir de inmediato a la conmemoración del 53 aniversario del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, el 26 de julio de 1953, en las provincias de Granma y Holguín, días y noches de trabajo continuo sin apenas dormir dieron lugar a que mi salud, que ha resistido todas las pruebas, se sometiera a un estrés extremo y se quebrantara. Esto me provocó una crisis intestinal aguda con sangramiento sostenido que me obligó a enfrentar una complicada operación quirúrgica. Todos los detalles de este accidente de salud constan en las radiografías, endoscopías y materiales filmados. La operación me obliga a permanecer varias semanas de reposo, alejado de mis responsabilidades y cargos.

Entonces delegó, provisionalmente, sus funciones de primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba (PCC), Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de la República de Cuba, en el general de ejército Raúl Castro Ruz, quien era segundo secretario del PCC, primer vicepresidente del país y ministro de las FAR.

No se trataba del riesgo ante uno de los más de seiscientos atentados; frente a eso la seguridad lo protegía, la gente lo cuidaba. Esta vez era el tiempo dando pelea, recordándonos que él también era un ser humano; y, aunque nadie puede vencer los relojes o burlarse de la muerte, para muchos, Fidel no era igual a los demás.

La enfermedad no le permitió retomar los cargos anteriores; y en la tarde del domingo 24 de febrero de 2008, la Asamblea Nacional del Poder Popular eligió como presidente de los Consejos de Estado y de Ministros a Raúl Castro Ruz.

Asumo la responsabilidad que se me encomienda con la convicción de que, como he afirmado muchas veces, el Comandante en Jefe de la Revolución Cubana es uno solo.

Fidel es Fidel, todos lo sabemos bien. Fidel es insustituible y el pueblo continuará su obra cuando ya no esté físicamente. Aunque siempre lo estarán sus ideas, que han hecho posible levantar el bastión de dignidad y justicia que nuestro país representa.

[...] seguro de expresar el sentir de nuestro pueblo, solicito a esta Asamblea, como órgano supremo del poder del Estado, que las decisiones de especial trascendencia para el futuro de la nación, sobre todo las vinculadas a la defensa, la política exterior y el desarrollo socioeconómico del país, me permita continuar consultándolas al líder de la Revolución, el compañero Fidel Castro Ruz.

[...] Tener presente siempre algo que gustaba repetir Raúl Roa a sus íntimos: «Fidel oye la hierba crecer y ve lo que está pasando al doblar de la esquina».

Y así ocurrió, ni un minuto dejó Cuba de ser lo que siempre fue para él. Los diarios publicaban sus reflexiones y a menudo aparecía en una foto. Ante cualquier tema del acontecer político, económico, internacional o social de la Isla que se hablara en las casas... la gente se preguntaba: «¿Qué dirá Fidel?» Y enseguida hacía saber su opinión, que era brújula cierta para el barco del país. El Comandante estaba aún en la vanguardia de la lucha.

Por eso, cuando antes de la medianoche del 25 de noviembre de 2016 otra vez el presidente Raúl Castro, su hermano en la vida y la lucha, anunció en el último noticiario lo que no queríamos escuchar, a Cuba no le quedó más que silencio y tristeza.

Querido pueblo de Cuba:

Con profundo dolor comparezco para informar a nuestro pueblo, a los amigos de nuestra América y del mundo, que hoy 25 de noviembre del 2016, a las 10:29 horas de la noche, falleció el Comandante en Jefe de la Revolución Cubana, Fidel Castro Ruz.

En cumplimiento de la voluntad expresa del compañero Fidel, sus restos serán cremados.

En las primeras horas de mañana sábado 26, la Comisión Organizadora de los funerales brindará a nuestro pueblo una información detallada sobre la organización del homenaje póstumo que se le tributará al fundador de la Revolución Cubana.

¡Hasta la victoria siempre!

Y ya Cuba no durmió más. Como ancianas desveladas muchas casas en los barrios prendieron las luces. Hubo quien salió

a la calle pues el techo le parecía caérsele encima. Una mujer le escribió versos. Una abuela buscó fotos del Comandante que tenía guardadas. Un músico militar se sentó al piano y compuso la canción que pasados ocho días se estrenaría en el cementerio de Santa Ifigenia. Hubo quien ni escuchando a Raúl podía creerlo. Sería esa la madrugada más larga que ha vivido un país.

Amanece oliendo a humo de velas, sollozo, fotos empolvadas, recuerdos queridos, tristeza... Es 26 de noviembre, el primero de los nueve días de duelo. «Todos sabíamos que estaba enfermo, pero nadie quería que se muriera», comentaron las voces que otra vez parecían ponerse de acuerdo. Después de tantos empeños en los últimos diez años, como un rumboreo de gotas, el cuerpo de Fidel se nos fue, de poco a poco.

Raúl lo había anticipado, y la Comisión Organizadora informa que «a partir del 28 de noviembre, desde las 09:00 hasta las 22:00 horas, en el Memorial José Martí, la población de la capital podrá acudir a rendirle merecido homenaje a su líder, el cual se extenderá hasta el 29 de noviembre en el horario comprendido entre 09:00 y las 12:00 horas».

Los días 28 y el 29 de noviembre, entre las 09:00 y las 22:00 horas, en los lugares que se informarán oportunamente en cada localidad, incluida la capital, todos los cubanos tendremos la posibilidad de rendir homenaje y firmar el solemne juramento de cumplir el concepto de Revolución, expresado por nuestro líder histórico el primero de mayo del 2000, como expresión de la voluntad de dar continuidad a sus ideas y a nuestro socialismo.

El día 29 de noviembre, a las 19:00 horas, se realizará un acto de masas en la Plaza de la Revolución José Martí de la capital.

Al día siguiente se iniciará el traslado de sus cenizas por el itinerario que rememora la Caravana de la Libertad en enero de 1959, hasta la provincia de Santiago de Cuba, donde concluirá el día 3 de diciembre.

Este propio día, a las 19:00 horas, se realizará un acto de masas en la Plaza Antonio Maceo.

La ceremonia de inhumación se efectuará a las 07:00 horas del día 4 de diciembre en el cementerio de Santa Ifigenia.

Ya es sábado y hay poca gente en la calle. El día se niega a avanzar. Como pájaros mareados caen los minutos. Caras pensativas y serias llenan los ómnibus. El aire pesa. Los cubanos lloran hasta por dentro. Ha muerto su líder.

«Se fue y nos legó la Revolución. Es un padre, un abuelo, pero siempre será el joven que estudió Derecho, vino en el yate *Granma* y peleó en la Sierra», dice una alumna de Periodismo que después de escuchar la noticia por sus amigos no podía creerlo.

«Entonces llamé a la casa y supe del comunicado de Raúl. Todos estamos tristes porque Fidel hizo mucho por Cuba. Con su ida perdemos un poco de nosotros mismos», cuenta.

Este 26 de noviembre, desde varias partes del mundo llegan cartas, telegramas y mensajes de solidaridad por el dolor de los cubanos. Provenientes del Vaticano, en Roma, reciben las manos de Raúl las palabras de la máxima autoridad de la Iglesia Católica, el papa Francisco:

Excelentísimo Señor Raúl Modesto Castro Ruz, presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de la República de Cuba

La Habana

Al recibir la triste noticia del fallecimiento de su querido hermano, el Excelentísimo Señor Fidel Alejandro Castro Ruz, expresidente del Consejo de Estado y del Gobierno de la República de Cuba, expreso mis sentimientos de pesar a vuestra Excelencia y a los demás familiares del difunto dignatario, así como al Gobierno y al pueblo de esa amada nación.

Al mismo tiempo, ofrezco plegarias al señor por su descanso y confío a todo el pueblo cubano a la materna intercesión de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, patrona de ese país.

En la noche del sábado, la escalinata que tantas veces subió cuando era estudiante de Derecho y donde dijo que se hizo revolucionario, se llena de velas ante fotos suyas, y los alumnos convierten los peldaños en un altar para él.

El domingo también amanece triste. Detrás del mostrador de una farmacia, la joven dependiente comenta que el Comandante «fue un hombre muy grande, único. Igual no habrá otro. Le debemos todo. Estudiamos y tenemos salud por él. Mira, sin Fidel, a Cuba le faltarán muchos pedazos. Hoy el reloj sonó y no tenía



El homenaje a Fidel en la Universidad de La Habana.
Foto: tomada de Internet

ganas de despertar, pero él me enseñó que hay que echar pa'lante. Me levanté y aquí estoy trabajando».

Tratando de no quebrarse en piezas hay corazones desde hace más de setenta y dos horas; pues el lunes tiene el mismo latido de los dos días anteriores. Dolida como está, Cuba se refugia en sus palabras, recuerdos, en las veces que con la energía de los huracanes lo sintió llamar a la lucha.

«Te extrañamos mucho gran amigo, mucho. El pueblo te quiere y más te quiero yo, padre barbudo», se lee en una de las cartas sobre el mar de cintas y rosas a la entrada del Memorial José Martí, en la capital, donde, desde las 9:00 de la mañana de este lunes 28 de noviembre se han dispuesto salas, como en cada poblado de la Isla, con la imagen de Fidel para que el pueblo vaya a rendirle tributo. Allí, millones de cubanos, con su firma, le aseguran al líder que continuarán su obra siendo fieles a la esencia de lo que es una Revolución, concepto que él definió en esta misma plaza el 1.º de mayo de 2000.

Tres filas interminables de gente llegan hasta allá, al mismo lugar en el que tantas veces habló. Una muchacha con las medallas de su padre fallecido puestas en el pecho lo visita a nombre de los dos; un camarero le lleva las fotos de cuando le sirvió en varias recepciones; una joven trae una carta de su madre y una rosa de su jardín; otros, poemas, flores...



Raúl junto a su hermano en la Sala Granma.
Foto: tomada de Internet

La urna con las cenizas de Fidel descansa desde el día 26 sobre un pedestal en la Sala Granma del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (Minfar).

El lazo espiritual de un hombre con su pueblo hace que ante su imagen de guerrillero con mochila y fusil pase toda Cuba. Dicen que en la plaza, por estos días se está más cerca de él. Hasta allá han ido personalidades de la cultura, el deporte, las ciencias, extranjeros; generales, oficiales, cadetes, camilitos, sargentos, soldados, católicos, protestantes, espiritistas, limitados físicos, madres, ancianos con bastones, padres con niños en los coches, abuelos con sus nietos...

Y llegó también una anciana oriunda de Cabacú, en las cercanías de la ciudad oriental de Baracoa; una de las cientos de jóvenes campesinas que en 1960 trajeron a La Habana Celia y Fidel para estudiar Corte y Costura. Hoy, mientras camina y llora frente a la fotografía del Comandante, recuerda cuando fue la mejor graduada de su promoción y él le entregó su título.

Una madre y su hija vestida de uniforme con pañoleta roja pasan llorosas. Cercana, con un pañuelo, intenta secar sus lágrimas y su dolor una anciana en silla de ruedas. Afuera, una joven de rostro serio con boina oscura de estrella dorada, espera su momento con el Comandante en la fila crecida. También lo hace otra que en el brazo derecho se ha escrito: «Te quiero Fidel»; y en el puño: «Fidel soy yo» junto a una pequeña bandera cubana.



Con saludo militar muchos se despiden de Fidel.
Foto: Fernando Medina



Cientos de habaneros en la fila para decirle adiós al Comandante.
Foto: Fernando Medina



El llanto de los jóvenes.
Foto: Fernando Medina

Sollozan y salen con la vista caída. Una señora mayor lo hace llorando y antes de abandonar el Memorial se detiene, cierra los ojos, entrelaza los dedos y reza.

De Birán, donde está la casona sobre horcones de caguairán que sintió nacer a Fidel en 1926, es también el padre del cantante Waldo Mendoza quien, con sus dos hijos pequeños, su esposa y los recuerdos del pueblito holguinero, pasa cerca de la medianoche de este 28 de noviembre ante el Comandante.

Desde la fortaleza de San Carlos de la Cabaña estremecen a La Habana veintiuna salvas de artillería. Al mismo tiempo, igual número de cañonazos se escuchan en Santiago de Cuba.

Del martes 29 al sábado 3 de diciembre, Cuba sentirá el estruendo doloroso de una salva de cañón cada hora entre las 6:00 de la mañana y las 6:00 de la tarde. Y el domingo 4 de diciembre en la mañana, cuando en Santa Ifigenia se esté guardando el tesoro, otras veintiuna, tanto en Santiago como en la capital, conmoverán a toda la Isla.

Diría el diputado e intelectual Eusebio Leal Spengler un mes después, en el Parlamento cubano, al discutirse el proyecto de ley sobre el uso del nombre y la figura de Fidel, que «desde el alba

hasta el poniente se hizo una salva de cañón, manteniendo en vilo a la opinión pública. Debo aclarar que esto solo ocurrió una vez en la historia de Cuba, cuando murió Máximo Gómez y se ordenó tal duelo para que se supiera que caía uno de los últimos grandes libertadores, si no el último libertador del continente americano».

Al otro amanecer siguen las filas alimentándose de cubanos. Muchos con dolor íntimo o dolor visible. Las primeras para entrar en uno de los accesos son dos pioneras, una aún sin pañoleta y la otra con un nudo azul en el pecho. Sujetan una foto grande del Comandante con el pelo blanco y los ojos vivos. Junto a sus madres aguardan por su instante de homenaje.

Cuba está llena de miradas cansadas de llanto, caras tristes, y se angustia ante las manos de una señora negra y gruesa que se da golpecitos en la frente como forzando a que entre en su cabeza la idea de que el cuerpo de Fidel murió.

Las rosas y las cartas siguen llegándole hasta aquí. Una madre arrodillada junto a todas las flores y las cintas ayuda a su pequeño de unos tres años a dejarle, cual recuerdo querido, una foto suya al Comandante. Cerca de los dos, un coche con una edición gastada



Muchos llevan en la piel símbolos referidos al líder.
Foto: Fernando Medina



Cintas, flores y cartas a la entrada del Memorial.

Foto: Fernando Medina

por los años de *La Edad de Oro*, de José Martí, espera tal vez ser bendecida en este lugar.

Un niño entra a la plaza con un dibujo propio que, aún con trazos imprecisos, deja ver al Comandante frente a unos micrófonos, «porque él siempre hablaba en la televisión», explica quien pronto aprenderá en la escuela a escribir la letra F con la que empieza el nombre de Fidel.

Por esa imagen de pequeños ante las pizarras luchó también Pedro Gutiérrez Santos, uno de los muchachos que en julio de 1953 disparó a los muros del cuartel santiaguero y ahora, encanecido a sus ochentatrés años, deja que su hijo lo lleve, en sillón de ruedas, hasta el Memorial. «Si en el Moncada y otros momentos difíciles lo acompañé, no podía faltar aquí. Él es un padre para todos», y tras sus palabras, los pasos de cubanos que entran y salen del recinto no se detienen.

Así pasan los días 28 y 29. Más de cinco horas puede durar la espera en las filas, pero siguen inmensas, con gente que llega de todas partes. Los habaneros saben que Fidel marchará hacia el oriente para dormir la eternidad en Santiago, y ninguno quiere que se vaya sin decirle adiós.



Los niños pasan a ver a Fidel.
Foto: Fernando Medina



El dolor de Cuba.
Foto: Fernando Medina

Después de dos días de honores, la última guardia, el 29, cierra a las doce del mediodía en la plaza con los integrantes del Buró Político y el Consejo de Estado. En firme y escoltado por miembros de la Unidad de Ceremonia del Estado Mayor General, el presidente Raúl Castro Ruz rinde homenaje a su hermano de sangre y de batalla.

De diferentes unidades militares se seleccionan vehículos, oficiales y soldados para un viaje largo por carretera hacia oriente. Son alrededor de cien personas al mando del coronel Ernest Feijóo Eiro, segundo jefe de la Dirección de Operaciones de las FAR. Varios carros llegan al parqueo del Minfar. Se les da orden de caravana y comprueban las comunicaciones entre ellos.

Mientras, los cubanos, desde todos los rincones de La Habana y de la Isla continúan su homenaje íntimo. A la terminal 1 del Aeropuerto Internacional José Martí arriban personalidades del mundo, entre ellos: mandatarios, primeros ministros, vicepresidentes y presidentes de Parlamento de más de quince naciones.

Esta noche del 29 la plaza se llena de jóvenes, de pueblo. Parece que el Comandante en Jefe va a hablar. Alumnos de las escuelas militares Camilo Cienfuegos levantan a la vez muchas estampas con la misma foto de Fidel, esa que ha presidido todos los sitios donde en los últimos días se le ha rendido tributo.



Raúl preside la guardia de honor.
Foto: tomada de ACN



La plaza la noche del 29 de noviembre.
Foto: tomada de Internet

Entre la multitud, un pequeño de unos cinco años sobre los hombros de su padre alza un teléfono celular que en toda la pantalla pone RAÚL, para que sepa el general cuánto lo quieren los niños y que los cubanos, en estas horas de hondo dolor, están junto a él.

Ante esas miles de personas, diecisiete autoridades se dirigen al pueblo: los presidentes Jacob Zuma, de Sudáfrica; Salvador Sánchez Cerén, de El Salvador; Hage Geffert, de Namibia; Enrique Peña Nieto, de México; Daniel Ortega, de Nicaragua; Evo Morales, de Bolivia; Nicolás Maduro, de Venezuela; y Rafael Correa, de Ecuador.

También los primeros ministros Roosevelt Skerrit, de Dominica, y Alexis Tsipras, de Grecia; los vicepresidentes Li Yuanchao, de China, y Majid Ansari, de la República Islámica de Irán; así como Viacheslav Volodin, presidente de la Nueva Duma Estatal de Rusia; Nguyen Thi Kim Ngam, presidenta del Parlamento vietnamita; y Abdelkader Ben Salah, presidente del Consejo de la Nación de Argelia.

Además, hablaron a Cuba desde la plaza habanera el emir padre Hamad Bin Jalifa Al Thani, en representación del Estado de Catar y Viktor Sheiman, enviado especial de la República Bielorrusia.

«¿Dónde está Fidel?», pregunta Daniel Ortega, su amigo y mandatario nicaragüense, y un sinnúmero de voces le responde:

«¡Aquí! ¡Aquí!» Y luego: «¡Yo soy Fidel! ¡Yo soy Fidel!»

Evo Morales, el presidente boliviano, dice: «Fidel no ha muerto, porque las luchas no cesan [...] Fidel está por encima de su propia vida [...] Personalmente lo extrañaré, habrá una ausencia, quién me enseñará, quién me reflexionará, quién me cuidará...».

Las palabras de Rafael Correa, dignatario de Ecuador, también estremecen la plaza: «Murió invicto, solo el inexorable paso de los años lo pudo derrotar [...] Murió haciendo honor a su nombre: Fidel, digno de fe [...] Muchas gracias, Fidel; muchas gracias, pueblo cubano. La mayoría te amó con pasión, una minoría te odió; pero nadie pudo ignorarte».

Y recuerda el presidente venezolano Nicolás Maduro las palabras de Fidel a él y a Evo Morales el 13 de agosto de 2015, cuando el Comandante cumplía ochentainueve años.

[...] en una larga conversación de pronto nos vio a los ojos con su mirada de águila y nos dijo: «Maduro, Evo, yo los acompaño hasta los noventa años». Y yo le dije sorprendido, porque Fidel todo lo que decía lo cumplía, le dije: «No, Comandante, no nos puede dejar». Y él me miró con mirada compasiva como de un padre a un niño y me dijo: «Ya yo hice lo que tenía que hacer, ahora les toca a ustedes» [...] Contundente, inobjetable. Ahora nos toca a nosotros y a nosotras. ¡Es así, Fidel!

Tras aplausos y exclamaciones de un pueblo que siente vivo a su líder, la voz herida de Raúl se levanta:

Fidel consagró toda su vida a la solidaridad y encabezó una Revolución socialista «de los humildes, por los humildes y para los humildes», que se convirtió en un símbolo de la lucha anticolonialista, antiapartheid y antimperialista, por la emancipación y la dignidad de los pueblos. Sus vibrantes palabras resuenan hoy en esta plaza...

Los relojes marcan las 10:55 de la noche. Mientras Fidel, desde imágenes históricas es visto por todos en los últimos minutos de la concentración, y hay lágrimas y vacío, y la canción *Su nombre es pueblo*, cantada por Sara González, se escucha... un cofre de cedro, aún sin terminar de secar la pintura, llega en las manos de sus fabricantes hasta el Minfar, donde varios carros se alistan y a un armón verde olivo le ajustan cierres y seguros.



Raúl junto a presidentes y personalidades del mundo.
Foto: tomada de Cubadebate

Como prisioneras tristes pasan las horas. Es cerca de las 5:00 de la madrugada del 30 de noviembre de 2016 y en la Sala Granma, a la vista de algunos jefes y después de las manos familiares, los guantes blancos de un hombre con dos estrellas en el uniforme son los primeros en tocar la urna cineraria.

Son las mismas manos que antes le colocaron al cofre un nombre con letras doradas: Fidel Castro Ruz. Dos sargentos de primera lo sostienen mientras el soldado de las estrellas, como quien toma lo más preciado, guarda la urna allí y lo devuelve al pedestal para luego ponerle encima una bandera cubana. Dicen que el Comandante está dentro de ese cofre siendo más presencia que adiós.

Ante esa imagen, quienes están en la Sala se despiden de Fidel. Faltan menos de dos horas para que inicie el viaje.



Voy a pasar por donde está el pueblo

El hombre de las dos estrellas parece estar hecho para mirar de cerca la luz. En 1997 acompañó los restos de Ernesto Che Guevara desde La Habana hasta las cercanías de Santa Clara, después los de Vilma, el cuerpo de Almeida y, ahora custodiará la urna que atesora las cenizas del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz.

Cuba amanece este 30 de noviembre de 2016 como una ceiba llorosa, embravecida con el tiempo que, a veces, cual los vientos de cuaresma, agitados se llevan las hojas más altas. Es más de las 7:10 de la mañana. La firmeza de dos hombres en idéntico ritmo de marcha trasladan el cofre desde el pedestal en la Sala Granma hasta el armón verde olivo con el escudo nacional, donde lo acomodan entre rosas blancas, crisantemos, lirios y hojas de helechos.

Son los pasos del oficial con el par de estrellas, del teniente coronel José Luis Peraza López y del joven sargento de veinticinco años Alexei Hernández Leal. Llevan en el brazo izquierdo un brazalete negro en señal de duelo. Con finas correas oscuras sujetan el cofre y le colocan encima una cúpula de cristal. Pronto iniciarán el viaje de más de mil kilómetros por la Carretera Central de la Isla hasta Santiago de Cuba, donde descansará para siempre el líder.



El teniente coronel José Luis Peraza López y el sargento Alexei Hernández Leal colocan el cofre sobre el armón para iniciar el viaje.
Foto: tomada de Internet



El cofre de cedro que atesora las cenizas del Comandante.
Foto: tomada de Internet



Familiares y amigos de lucha lo despiden en el Minfar.
Foto: Roberto Garaicoa



Raúl, hermano de
sangre y pensamiento.
Foto: Roberto Garaicoa

El dolor más íntimo roza el aire, y la otra familia grande aguarda afuera. Esta vez, como hace cincuentaisiete años en la Caravana de la Libertad, tampoco Fidel escogió llegar por aire hasta el otro extremo de Cuba. En aquella ocasión prefirió ir muy cerca de los cubanos; ahora también un abrazo de pueblo lo espera. Exactamente a las 7:16 un ruido de motores rasga el mutismo y con triste movimiento los autos comienzan la marcha desde el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Avanza primero un puesto de mando móvil del Ministerio del Interior (Minint) encargado de las comunicaciones. A unos cien metros lo siguen dos motos tripuladas por oficiales de la Policía Nacional Revolucionaria (PNR); un carro guía, en el que viajan jefes de las FAR y el Minint; el camión con dieciocho personas entre periodistas, camarógrafos y fotógrafos, y un auto de la Unidad de Patrullas de La Habana.

Detrás, la escolta de honor integrada por tres héroes de la República de Cuba: los generales de cuerpo de ejército Leopoldo Cintra Frías, Polo, ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias; Ramón Espinosa Martín y Joaquín Quintas Solá, viceministros de las FAR, abren paso al yipi que conduce el armón rodeado de flores blancas. Allí están el teniente coronel Peraza, los sargentos profesionales Alexei Hernández Leal, Runier Moreira Arias, Raider Robert Guerra y el chofer Rafael Batista Danger.

Les siguen un microbús azul, asignado como puesto de mando, en el que viaja el coronel Ernest Feijóo, jefe de la caravana; una ambulancia, dos yipis de prevención y por último dos motos de la PNR. A dos kilómetros marcha la reserva de vehículos con mecánicos y técnicos por si ocurre algún desperfecto. Por aire un helicóptero también informa sobre el paso del cortejo, integrado por más de cien personas.

Las ruedas se alejan del Minfar, donde ha reposado el guerrillero los últimos tres días, desde que el 26 el general de ejército Raúl Castro colocara la urna en el pedestal de la Sala Granma. Ahí va el corazón de Cuba, envuelto en cedro y protegido en cristal.

Tenientes, capitanes y oficiales de diversa graduación son los primeros en ver andar la caravana que avanza en sentido contrario a aquella que hicieron los rebeldes la primera semana del triunfo, hace ya casi cincuentaiocho años. Todos los militares saludan. El Comandante, en su afán de regresarnos una y otra vez a la historia, comienza a repartirse por Cuba desde occidente hasta donde nace el sol.

«¡Ahí viene Fidel!», dice alguien; y por un momento se rompe la mudez con que amaneció La Habana. Desfila el cortejo fúnebre frente al Martí pensativo de la Plaza de la Revolución, la misma que escuchó al estadista tantas veces y vio a millones devolverle aplausos y ovaciones a su palabra viva.

Cientos de miradas humedecidas y pechos apretados. Muchos sollozan. Pasa el armón con su tesoro verde olivo. Fidel se queda en todo, moviliza, sobrevive en los otros y se burla de las ausencias del cuerpo. Por primera vez lo contemplan eterno, ajeno a relojes y leyes físicas.

Se oye el silencio de miles. Solo el sonido de las banderas con el viento rasga la quietud. La avenida Paseo, frente al Teatro Nacional, deja ver un hormiguero interminable de gente. Hay cordones de niños, abuelos ayudados por bastones, muchachos con el nombre del Comandante pintado en la piel, amas de casa, abogados, periodistas, religiosos... Parece que él se hizo aire y toca a cada cubano.

No es la imagen de la cajita de cedro que lo protege, es el Fidel de barba enredada, rostro a la sombra de la gorra, uniforme verde olivo, fusil colgado al hombro y mochila a la espalda quien, desde la foto enorme en la Biblioteca Nacional José Martí, niega a la muerte.



Los habaneros despiden a Fidel.
Foto: Roberto Chile



El llanto de los jóvenes.
Foto: tomada de Internet

La esquina de 23 y Paseo se estremece. Miran, se estrujan la vista, limpian los espejuelos y, si bien los ojos dicen que sí y el corazón que no, el Comandante pasa despacio en la urna.

El yipi que lo lleva no es el de la Columna No. 17 Abel Santamaría sobre el que entrara a la capital un Fidel victorioso de treintaidós años el 8 de enero de 1959; pero también hoy graban el momento y muchos saludan a la espera de una orden suya.

Emoción, solemnidad sobrecogedora, lágrimas, gritos, y más allá de la imagen triste que deja el cortejo, sus millones de hijos imaginan al Comandante en Jefe de las Fuerzas de Aire, Mar y Tierra de la República sonriente, feliz, de la misma manera que lo describía uno de sus más cercanos jefes militares en la guerra, el comandante Juan Almeida Bosque, aquellos días de éxito nuevo.

En la multitud de la esquina de 23 y E, unos ojos no se confunden entre los cientos que los rodean. Ahí está la muchacha de voz suave que, después de escucharlo días y noches enteras, se convirtió en su biógrafa, Katuska Blanco, con sus miles de párrafos guardianes de la historia del líder de la Revolución. Esa mirada que le escudriñó gestos y frases, ve de nuevo al Guerrillero del Tiempo, y la voz que le preguntara sobre tantas cosas, le grita a todo lo que le da el pecho: «¡Viva Fidel!»

Se aleja el cortejo. La realidad, como estrategia silenciosa golpea. Muchos lloran y lo llaman sin miedo a quebrar la garganta: «¡Fidel, Fidel, Fidel!» «¡Comandante en Jefe, ordene!» «¡Que viva Fidel!»



Esquina de 23 y Paseo.
Foto: Roberto Chile

Se sacuden las calles más céntricas del Vedado. Las esquinas de 23 y G y 23 y L esperan desbordadas de gente. Y en M y 23, frente a la antigua funeraria Caballero, está Marilú Rego Hernández. Tenía dieciocho años en 1959, y con familiares y amigos de su barrio en Catalina de Güines, en la antigua Habana, hizo una colecta y compró una cadena de oro, su medalla con la efigie de Santa Catalina —patrona del poblado— y unos yugos con las iniciales entrelazadas de Fidel para regalárselos cuando pasara.

Entonces lo esperó frente al cuartel de Catalina y al ver el primer auto, donde venía el líder, la muchacha se puso en medio de la calle y el carro frenó. Fidel desde allí conversó un momento con ella y le entregó un papel que el 15 de enero, le abriría a Marilú las puertas del antiguo hotel Havana Hilton. Allí le dio al Comandante el regalo.

Ahora, sin aquella juventud y con algunos dolores en las piernas, vive en La Habana y siente no decirle adiós en Catalina, donde se le grabó para siempre la mirada optimista del jefe guerrillero.

Avanza el cortejo. Son las 7:45 de la mañana y en el malecón los pescadores han guardado sus varas; los turistas, que sin proponérselo son testigos de un día histórico, se confunden entre la muchedumbre; las olas se agitan y el muro está repleto de cubanos.

Se escurre la sal del agua y del llanto. Cuba busca un rostro en cada hombre. Maceo, desde su monumento frente al hospital Hermanos Ameijeiras ve transitar al Gigante y lo honra con la bandera cercana a media asta. La vista alucina para hallar el fin, pues siguen las personas a ambos lados de la avenida hasta la Fortaleza de la Punta, desde donde se divisa la piedra y la historia del antiguo Palacio Presidencial.

La terraza norte en el segundo piso de la edificación recuerda la voz de Fidel. Allí habló al pueblo a su entrada a La Habana. Un mar de gente se reunió por él en esas calles, y alguien le dijo que necesitaría mil soldados para atravesar la multitud y continuar rumbo al cuartel de Columbia. Respondió que lo haría sin uno delante. «Yo voy a pasar por donde está el pueblo»; y todos, igual que hoy, abrieron una fila para que avanzara.

El Morro se ve a lo lejos y hasta en los últimos rasgos de la Avenida del Puerto están los hijos de Cuba, retrato de una hilera infinita de soldados. La caravana que marcha al revés sabe que cada esquina guarda un pedazo del líder.

Similar a los primeros días del triunfo, parece que en la bahía habanera está anclado el yate *Granma* que lo trajera de México hasta las costas cubanas para reiniciar la guerra. Hace cincuenta y siete años, cuando entró victorioso, Fidel lo divisó y caminó por sus estrechos pasillos. Ahora la historia le dio un viaje diferente. Esta mañana su *Granma* es un país, y él ha dispuesto la proa rumbo a lo eterno.

Frente a la muralla, en la Habana Vieja, aduaneros, hombres del puerto, muchos lo despiden. Los restos del buque francés *La Coubre*, que estallara tras un sabotaje yanqui contra la Revolución en la bahía, en marzo de 1960, lo miran como lo hicieron aquella mañana, sin temor al riesgo ni a la muerte.

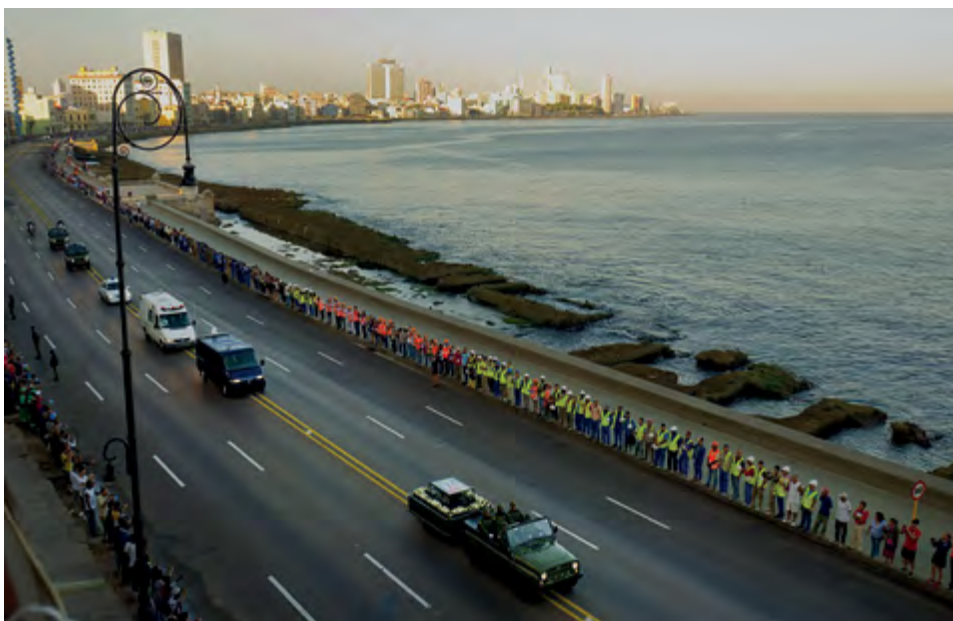
Fidel continúa su ruta. Una anciana cubre sus labios con las manos y solloza bajito; a su lado, otros sostienen una bandera enorme. La tristeza se siente en todas las calles.

Sobre las mismas líneas de ferrocarril que lo sintieron entrar a la capital cuando vino a estudiar al Colegio de Belén en los años cuarenta, rueda su cortejo.

En la calle Fábrica, patrulleros y oficiales del Ministerio del Interior, en firme lo saludan. Dobla a la izquierda y toma Vía Blanca. Las aceras y avenidas anchas de la Virgen del Camino se dilatan igual que arterias; están repletas de niños, jóvenes, estudiantes... que apenas dejan avanzar el yipi con el armón.



El ministro de las FAR preside la escolta de honor.
Foto: Fernando Medina



Malecón de La Habana.
Foto: tomada de Internet

El teniente coronel Peraza y el sargento Alexei Hernández van en ese vehículo de ceremonia y en más de una ocasión viran su rostro para mirar el cofre rodeado de gente. Es su responsabilidad la custodia de la urna con las cenizas.

De nuevo gritos, miradas húmedas. Y el pueblo de cerca acompaña, custodia y cuida al Comandante. Su dolor repartido lo recibe en toda la Calzada de Güines, la Garita del Diezmero y San Francisco de Paula.

Los laureles altos de la Carretera Central que conduce al Cotorro, municipio por donde entró a La Habana en la Caravana de la Libertad, como frescos militares de posta se mantienen allí. Otra vez dan sombra al Gigante y el afecto de la primera bienvenida.

El helicóptero sobrevuela. Más de quinientos artemiseños e igual número de pinareños han viajado hasta la entrada del Cotorro; y en todos los lugares por los que no pasará el cortejo que respeta la ruta de aquella primera semana de enero, también se le rinde honor al líder.

Mabel Martínez, directora del Mausoleo de los combatientes moncadistas de Artemisa, quien en dos ocasiones recibió al Comandante en Jefe en ese sagrado sitio, contaría semanas después



El cortejo a la salida de La Habana.
Foto: Fernando Medina

cuánto le entregaron los artemiseños a Fidel durante los días posteriores a su muerte.

Le dimos más que palabras, le dedicamos lágrimas, agradecimiento, silencio, pues él nunca se olvidó de este pedazo de Cuba. Por el Mausoleo, donde estaba uno de los libros de firmas, pasaron más de treinta mil personas. El día 30 llegó hasta allí una mujer, una santera, que le llevó girasoles.

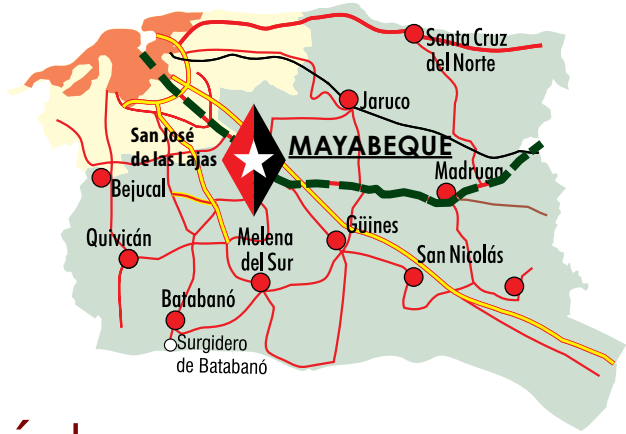
El 24 de julio de 2010, durante su segunda visita, fue la última vez que lo vi; pero aún me parece que de un momento a otro va a aparecer y el pueblo lo recibirá como siempre, muy emocionado.

Muchos de los jóvenes que aquel enero lo esperaron en el Cotorro, ayudados por bastones regresan para verlo. Con sus noventaíun inviernos a cuestas, Eliseo Sosa camina despacio. Desde el pedacito de acera que ocupa habla de cuando lo vio pasar junto a los barbudos en 1959 y fue testigo del abrazo entre él y su hijo Fidelito.

«Aquello fue tremendo; hacía tanto que no lo veía». Era la ternura de un padre por su pequeño de nueve años y el cariño de un líder por su pueblo, dos amores muy parecidos. Y tampoco olvida Eliseo cómo los trabajadores de la cervecería salieron de la fábrica para rodear a los rebeldes. «Lo saludaban y gritaban su nombre muy contentos. Querían darle una cerveza, pero él dijo que no, que si acaso una malta. Y mira, de nuevo estoy aquí, porque todo lo que hagamos por Fidel es poco».

La caravana rocía tristeza, ausencia y presencia insomne. No son muchos quienes logran guardar las lágrimas, ni pocas las voces ahogadas.

Son las 8:32 de la mañana de este 30 de noviembre y el Comandante, vestido con la bandera cubana, mira por última vez las tierras habaneras y sigue hacia donde la tierra es más caliente.



Despiérteme, Comandante

Cuba espera al borde de la vía. Desde el Cotorro hasta los inicios de Mayabeque, pasando por Cuatro Caminos, se reúnen para despedir al Comandante. Son las 8:55 de la mañana del 30 de noviembre y con banderas cubanas y del 26 de Julio, cientos de personas lo reciben en el pueblito de Jamaica, a la entrada de San José de las Lajas.

Para verlo de cerca, un joven de treintaicinco años salió de su casa en la madrugada y fue hasta el lugar por el que horas más tarde transitaría Fidel. Pensando en sus hijos, porque «a los niños no se les olvida nada. Quería que ellos vieran más que yo, para que se lo cuenten hasta a sus nietos», el poeta Aramis Padilla marcó un pedacito cercano a la avenida.

*Sobre dos metros de acera
atrinchero a mi familia,
y una lágrima en vigilia
me amenaza cada ojera.
Nueve y cinco en carretera
se mueve un Granma rodante,
me pasa el Sol por delante,
una bandera lo viste,
¡Qué pesadilla más triste!
Despiérteme, Comandante.*

Escribiría después quien está frente a la calle en la que empieza el bulevar de la joven capital. Mientras Fidel pasa ante sus ojos chicos, Aramís, con su niña de cuatro años sobre sus hombros, el varoncito delante y su esposa al lado, recuerda las veces que improvisó versos en los tiempos de las tribunas abiertas, cuando el Comandante y Cuba batallaban por el regreso de Estados Unidos del pequeño Elián González y la liberación de los cinco hijos luchadores contra el terrorismo.

«Yo lo que quería era gritar, pero no podía. Me quedé mudo. Quería gritar ¡Viva Fidel!, pero no pude».

Los yipis con el verde de la Sierra se alejan. Quizás nunca antes, tantos se habían reunido en las Cuatro Esquinas de San José.

«Aquí estoy, porque con nueve años mi padre me trajo a verlo pasar para allá —y señala el sentido contrario—, hoy vine solo a verlo pasar para atrás», comenta un obrero en la multitud.

También entre la gente se encuentra Erundina Fernández. A sus ochentainueve mayos no durmió la noche anterior por la tristeza. «Así trasnochada salí junto a mi cuñada Ramona, de ochentaiséis años, hasta la orilla de la Carretera Central. Dije, “eso no me lo puedo perder yo”; y salimos las dos de madrugada.

»No tengo las piernas muy buenas, pero caminé con el bastón. Me senté por ratos, y así esperé a Fidel. Lo vi delante de mí y no pude decir nada, sentí tanta emoción y pena. Fue como si mi familia hubiera muerto. Ahora, cada vez que lo veo en la televisión, lloro y me parece mentira que se haya ido», contaría la anciana.

El sol de arriba está fuerte, hay pocas nubes. Es el primero de los cinco días de viaje hasta el cementerio de Santiago de Cuba y, el sol de abajo, del que habla el improvisador, sigue dando luz, sacando lágrimas y estrujando corazones en su recorrido inverso hacia el este.

Las casas de Cuba están vacías. Sus habitantes se han dado cita junto a la carretera. Estudiantes de las enseñanzas secundaria y preuniversitaria guardan el momento desde la cámara de los celulares; y entre uniformes azules y amarillos, jóvenes de verde olivo saludan.

Una tropa de pequeños con pañoletas agita suave las banderas y parece haber tomado la avenida principal de San José. Frente al hogar materno, una al lado de la otra, están las embarazadas. Quienes no han nacido todavía también esperan al Comandante.



Fidel eterno.
Foto: Abel Rojas



Los niños en toda Cuba esperan a Fidel.
Foto: Fernando Medina

Algunos desde las azoteas y otros encima de las barandas de los portales buscan el mejor lugar. En todas partes miran sin creer aún lo sucedido. Silencio, respeto, admiración. Carteles con su imagen a lo largo del camino. Las empresas que en tantas ocasiones visitó interesado en la reproducción ganadera, como la de Inseminación Artificial Rosafé Signet, siguen allí, a la espera de sus botas apuradas y sus tantas preguntas sobre todo.

Ante potreros y sembrados también se ha reunido la gente. En los alrededores de la Empresa Láctea Aljibe, hay güineros y habitantes de Ganuza y otras comunidades cercanas. En el kilómetro que hay desde la Ronera Havana Club hasta el puente de la Carretera Central sobre la Autopista Nacional, combatientes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias custodian el trayecto del cortejo.

Con sus hijos al pie del camino, herederos de su historia mambisa, el batey de Moralitos, donde combatieron en 1896 juntas por única vez las tropas de Maceo y Gómez, recibe a Fidel. Muy cerca, una anciana de unos noventa años, sentada en un taburete, lo espera. Cuando faltan pocos segundos para que pase frente a ella, con mucho esfuerzo se pone de pie y se levanta en señal de respeto y cariño.

Fuertes, pausadas y abriendo puertas de cielo, la pequeña iglesia de Zaragoza anuncia la proximidad de Fidel. Suena su bronce para la misa infinita de un héroe. Es el primer lugar de Cuba donde las campanas católicas repican por él ante su paso.

Ya transita frente al camino que conduce al Instituto de Ciencia Animal, el cual guarda sus huellas de los tiempos cuando se desvelaba por el desarrollo agrícola y pecuario del país.

Desde entonces se ha preguntado el ingeniero agrónomo pecuario Emilio Castillo, quien lo recibió en ese sitio el 12 de octubre de 1988, «cómo es posible que un abogado, presidente del país, tenga tiempo para estudiar y dominar la agricultura al igual que nosotros. Le hablé mucho, pues él propicia que no te sientas nervioso, que te sientas como conversando con un amigo de la infancia. ¡Con qué sencillez lograba eso!»

Antes de llegar a Catalina de Güines, las primeras palomas vuelan sobre el cortejo; hay personas desde la entrada hasta la última de las casas, y los campesinos han dejado sus labores.

En medio de tantos, ya en Catalina y cerca del cementerio, un anciano alza un cuadro grande de cristal con la imagen del Comandante aún con su barba oscura y su traje de siempre; tal vez



Los campesinos saludan el cortejo.
Foto: Fernando Medina

una foto que por años ha estado colgada en su sala. Para el encuentro, además del corazón, muchos le han llevado recuerdos.

Luis Monteagudo es uno de esos. Nació un año después que Fidel, y desde 1978 le celebró el cumpleaños. Quien visite su hogar en Madruga, verá en las paredes noventa imágenes del líder tomadas de periódicos, revistas, o fotos recibidas como obsequio valioso. Hace apenas unos días Luis estuvo enfermo de gravedad, por eso lo espera cerca de la casa de su hija y no allá, en su tierra madruguera, donde en 1959 lo recibió.

«Aquel día vi a muchos llorar y abrazarse conmigo. Aquello fue muy grande. Ya no soy el mismo. Hasta hace poco estaba muy mal. Hoy al amanecer mi hija me escondió la ropa para que no saliera. Pero me le escapé así, en pijama y con una bandera cubana en la mano», cuenta.

Caminando despacito y con dificultad, llega Luis hasta el borde de la carretera y, una vez más, lo ve pasar y lo honra. Hay gente en los balcones, azoteas, en la calle, jóvenes grabando, niños en los brazos de sus abuelas... Algunas manos dicen adiós. Todos observan con tristeza.

A las afueras de Catalina, los médicos del hospital psiquiátrico Crisanto Betancourt miran el cortejo. Unos metros más adelante, el poeta Héctor Gutiérrez, junto a su familia, saluda al hombre para quien improvisa desde hace más de quince años, y aún después de su ida, le sigue inspirando versos:

*Vibra mi suelo natal,
va un Gigante abriendo paso
y yo, firme en mi pedazo
de Carretera Central.
Hincadas de lagrimal
no me irritan el pañuelo,
porque en su rebelde vuelo
el ángel de Ángel avanza:
grano de luz y esperanza
que le da esta tierra al cielo.*

Y mientras tiene a Fidel por un segundo a su lado, piensa Héctor en aquel día de 2002 cuando en una cena el Comandante le escribió en una servilleta de tela un mensaje a su hija de dos años.

«Para Claudia Gutiérrez, estas líneas para cuando entres a la escuela, como una constancia de mis sentimientos de amistad para tu gran padre, que brilló como una estrella un día glorioso

en la tribuna abierta de Sancti Spíritus el 25 de mayo de 2002. Lo demás él te lo contará muchas veces. Esperamos de ti una inspirada artista. ¡Hasta pronto! Besos. Fidel».

Con recuerdos parecidos muchos despiden al guerrillero. Desde la comunidad El Mudo, antes de llegar a Madruga, incluso donde la vía aparece con lomas y curvas peligrosas, las personas cubren los bordes. Allí todo se viste de gente.

Sin humo en la torre, el central con el nombre del joven que lo acompañó al Moncada, Boris Luis Santa Coloma, lo recibe. El retrato sonriente del muchacho, muy próximo a la vía, parece saludarlo también. No hay un tramo de acera en Madruga, que acoge a neopacinos, moradores de Vegas, Pipián y otros municipios cercanos, en el que no halla personas, niños, banderas...

En la Palmita, histórico sitio por el que entrara a la antigua Habana la Caravana de la Libertad, por segunda vez en el recorrido sueltan palomas. Aquel mismo día, a una mujer embarazada que también lo esperó a la orilla de la calle, le gritaban: «¡Ponle Fidel! ¡Ponle Fidel!» Luego de algunos meses, Georgina Pérez Ravelo dio a luz a una niña. Le puso Celia.



El cortejo atraviesa los campos de Mayabeque.
Foto: Abel Rojas

Por las mismas calles, corren los madrugueros con los teléfonos en las manos grabándolo todo hasta donde no pueden avanzar más.

A la salida del pueblo, el lente de una cámara registra a otra anciana que se esfuerza por ponerse de pie. Inclínada, abandona la silla en su portal. Ella lo ha esperado, camina hasta el horcón próximo, se sujeta, y desde allí lo contempla.

El camarógrafo no sabe que Zunilda Sánchez Oliva tiene ochenta y seis años y desde hace muchos, en la sala de su casa tiene un cuadro con los rostros de Fidel, Camilo y Che. No puede dejar de despedir al Comandante, porque «Fidel es de la familia. Por él todo cambió; mi hijo se hizo ingeniero y cosas como esa le agradeceré siempre», asegura su voz bajita.

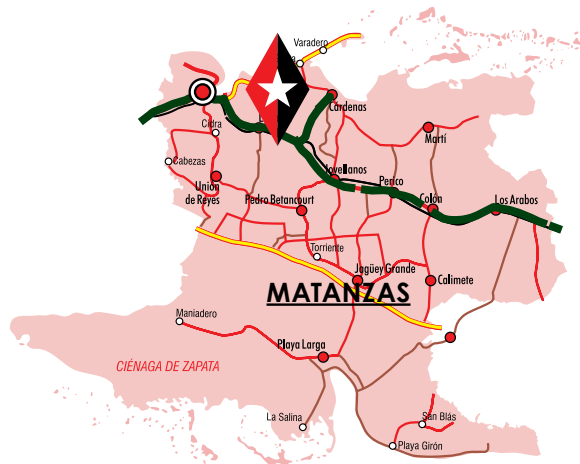
Entre alas, saludos, celulares, banderas y miradas tristes, la caravana continúa hacia el entronque de Aguacate. Lo observan las lomas del Grillo, donde a finales de la guerra el luchador clandestino José Garcerán de Vall, Pepe, organizó una guerrilla. Fidel



Su pueblo lo acompaña.
Foto: Abel Rojas

regresa a los mismos lugares por los que él y otros combatientes escribieran capítulos de la historia.

Una sensación de vacío queda en quienes lo ven alejarse. Ya se marcha de esos pueblos, pero siguen los mayabequenses al pie de las calles. No quieren retirarse, quieren sentirlo más. Conversan, hablan de él. Se van muy lento, de poco a poco. Saben que aunque viva en ellos, esta es la última vez que lo verán pasar.



¡Gracias por todo, Fidel!

Aunque faltan solo horas para que llegue diciembre, el sol presume de su fuerza ardorosa. Algunos bajo sombrillas y otros con la piel desnuda esperan. Ya casi es mediodía y cerca del puente de piedra que soporta el paso del ferrocarril y divide a Mayabeque de Matanzas, hay personas desde temprano.

Fotógrafos, camarógrafos y periodistas que acompañan al Comandante desde la capital, en el único camión de la caravana, retratan, graban y narran gestos, frases y miradas de los matanceros.

Así bordean Ceiba Mocha, el primer poblado de la provincia. Atraviesa Fidel el valle de tierra roja que lo conduce por bateyes a la orilla de la Carretera Central; y los habitantes también miran, graban y lloran tras su presencia.

Antes de entrar a la Atenas de Cuba, hombres privados de libertad del centro penitenciario cercano al río San Agustín, detrás del muro amarillo de la prisión, ven pasar en silencio a quien siempre confió en el derecho del ser humano a levantarse y seguir.

Próximo está el puente de hierro que, en diciembre de 1958, el capitán Pepe Garcerán y otros compañeros intentaron



A ambos lados de la Carretera Central los cubanos ven pasar la caravana.
Foto: Roberto Chile

destruir para frenar el paso de refuerzos de la tiranía hacia el oriente, pero el ejército batistiano los sorprendió y en ese mismo sitio asesinaron a Garcerán durante su primera misión como jefe de la columna guerrillera Ángel Ameijeiras, Machaco. Frente al monumento que recuerda al joven, a un costado del puente, pasa Fidel.

Hileras humanas custodian su trayecto hasta la entrada de Matanzas, donde lo reciben los estudiantes de la Escuela de Iniciación Deportiva (Eide) y del Instituto Preuniversitario Vocacional de Ciencias Exactas Carlos Marx. Alumnos extranjeros de la Facultad de Ciencias Médicas también agitan las enseñas de sus países. La bienvenida que Matanzas le tributa se dibuja con el color de esas banderas y en la grata imagen de la nuestra, colgada y enorme al fondo de la institución.

Tras las ventanas del hospital con el nombre del expedicionario del *Granma* y comandante del Ejército Rebelde Faustino Pérez Hernández se pueden ver a algunos enfermos de pie, esperando al guerrillero que venció al tiempo y tantas veces a la muerte.

«A Matanzas entré en un yipi Willys con Fidel. Lo pellizcaban, le halaban la camisa, y él no hacía nada. Ese era su pueblo. Yo le subía el cristal, para que no lo halaran, porque su seguridad era mi responsabilidad», cuenta el primer teniente rebelde Marcelo



Calle Milanés.

Foto: Teniente coronel Francy Espinosa González

Verdecia Perdomo, quien era entonces un guajirito cienfueguero, parte de su escolta.

Tal vez como aquel día, al borde de la calle o sobre elevaciones cercanas aguardan jóvenes y viejos. Desde lo alto de los muros del parque René Fraga, con celulares o tabletas lo graban todo. Otra multitud se halla en la estrecha calle Milanés, allí los adolescentes de secundaria levantan cuadros con la imagen del Comandante y muchas personas han subido a balcones y azoteas. No hay un pedazo de orilla vacío en ese kilómetro y medio. De momento las ruedas del cortejo se distancian de los pies de las personas por solo centímetros.

Frente a las altas casas coloniales de cemento y sin portal, bajo los cables del tendido eléctrico que se cruzan, marcha el cortejo. Las aceras acogen más cuerpos de lo que pueden y ceden, dejando que los matanceros cubran también la calle. Fidel sigue y a su paso un mar de pueblo lo escolta detrás.

El parque de la Libertad lo escuchó desde el balcón del Ayuntamiento provincial la noche del 7 de enero de 1959. Entonces decía:

Aún nos queda algo de energía y voz para saludar al pueblo de Matanzas. Lo único que no me gusta es que este balcón

está muy alto y yo estoy muy lejos de ustedes, yo quisiera estar más cerca de ustedes. Yo quisiera estar allá abajo, pero si ustedes me ven a mí, yo no los veo a ustedes [...] Decía que lamentaba no estar más cerca, porque yo no he venido a los pueblos a hacer discursos, no he venido a los pueblos a hacer retórica, no he venido a los pueblos a impresionar a nadie, he venido a los pueblos a hablar con el pueblo.

Ahora avanza cerca de personas a menos de un metro, como él quería.

Termina la calle Milanés, dobla el cortejo a la derecha, deja a un lado el Museo Palacio de Junco y pasa frente al Sauto, donde hasta en los balcones del teatro se han reunido para decirle adiós.

Ante su estación están los bomberos, e igual que en 1959, una bandera cubana sobre el ático a la entrada del antiguo edificio de piedra cuelga en señal de respeto, reconocimiento y honor.

Cruza el puente de hierro sobre el San Juan. Las aguas están quietas y los pescadores detienen sus lanchas. Entre los cientos de personas que llenan la Calzada de Tirry está, toda vestida de negro, la poetisa matancera Carilda Oliver Labra, quien ya le puso una flor verde a Fidel, símbolo rebelde de un pedazo de Sierra y de su uniforme. Sentada en un sillón en la puerta de su casa espera. Y cuando está frente a ella, olvida el peso de sus noventicuatro años y se pone de pie.

Por esos días dijo que el Comandante fue «un héroe sin saberlo nunca, gigante de los pobres, manso y rudo, enérgico y suave, delicado, atormentado y valiente revolucionario, organizando siempre a los pobres, levantándonos...

»No se puede llorar por él, porque no se ha muerto. Es como las palmas de Cuba, fenece una y allí mismo nace otra... No lo voy a ver nunca muerto».

La mujer de mirada azul que en los tiempos iniciales de la guerra escribiera versos para él, hoy tiene una imagen gigante del líder en uno de los ventanales de su casa que permite leer su *Canto a Fidel*. Así le dice adiós a su «novio de todas las niñas que tienen el sueño recto» y otra vez le da las *Gracias por ser de verdad, / gracias por hacernos hombres, / gracias por cuidar los nombres / que tiene la libertad... / Gracias por tu dignidad, / gracias por tu rifle fiel, / por tu pluma y tu papel, / por tu ingle de varón. / Gracias por tu corazón. / ¡Gracias por todo, Fidel!*

Atrás quedan el puente y la poesía, y por la vieja terminal de ferrocarriles el cortejo dobla a la izquierda y traza su rumbo en busca de la playa. Cercana a los muros del antiguo malecón, nuestra bandera a media asta se mueve y habla del dolor de Cuba.

Desde que se le perdió por las calles habaneras, el mar no había visto más a Fidel, hasta ahora, donde la serena bahía de Matanzas lo pone de nuevo cerca del azul. Ante esas mismas olas, el 26 de julio de 1991, Fidel abrazó a Nelson Mandela y le habló al pueblo yumurino.

Continúa el viaje hacia Peñas Altas y frente a la edificación de trece pisos, en una valla al borde de la carretera, su célebre imagen saltando desde un tanque de guerra en abril de 1961, recuerda al líder que venció en Girón a los mercenarios.

Testigo de esa foto fue el doctor Julio Font Tió, quien atendió a decenas de heridos en un hospitalito en Jovellanos y Playa Larga. «Ya lo conocía desde antes, pues coincidimos en la Universidad de La Habana, lo que él estudiaba Derecho y yo Medicina», aclara.

A sus noventaún almanaques, aunque, como dice, «los años borran muchas cosas», el cirujano recuerda cuando Fidel habló en el parque de la Libertad, pues él fue a escucharlo luego de hacer sus visitas a los pacientes en el hospital de Versalles. Esta vez, desde su casa en la ciudad de Matanzas, estuvo al tanto de todo.

En esa carretera, junto a sus estudiantes de la escuela de Arte, está la ucraniana Lilia Lenina y su hija. Llegaron las dos a Cuba en octubre de 1988, pues la pequeña Cristina necesitaba ayuda, era uno de los miles de niños afectados por el accidente nuclear de Chernóbil. Pasaron tres años y conocieron a Fidel en una sala del hospital Frank País.

«Apareció de pronto. Sabían que podía llegar a cualquier hora. Lo vi tan grande, tan fuerte. Las enfermeras lo veían y lloraban de emoción. Se interesó por todo, cómo me sentía, cómo era la atención, y me transmitió seguridad, tranquilidad y esperanza».

A Cristina, afectada de ambas caderas por malformaciones congénitas debido a la radioactividad, y enyesada desde los hombros hasta las piernas, la levantaron para que saludara al hombre que le parecía un gigante verde.

«Subió hasta él, le dio un beso y le tocó la barba. “¡Qué barba!”, le dijo, y él sonrió».

En 1993, después de más de diez operaciones, la niña aprendió a sostenerse. «Todo es gracias a Fidel. Él es padre. Empezó el proyecto



Un país agradece a su líder.
Foto: Abel Rojas

de Chernóbil cuando Cuba estaba en pleno período especial, y él buscó recursos para atender a los niños. Eso no se olvida nunca», dice Lilia.

Luego de más de cien kilómetros de viaje y antes de salir de la ciudad, el cortejo realiza la primera parada técnica de unos quince minutos en el Estado Mayor del Ejército Central. Aquí abastecen de combustible y limpian los vehículos de ceremonia y se quita el polvo del camino a la urna de cristal.

Para quienes viajan: una merienda rápida, unos minutos para ir al baño, y los periodistas, además, buscan tomas de corriente para cargar celulares y laptops.

Prosigue la marcha. Una nueva escolta de honor acompaña a Fidel. Otros tres generales de la patria, con guantes blancos y brazaletes negros, ocupan sus puestos en el yipi que antecede al del armón: delante, junto al joven chofer, el general de división Onelio Aguilera Bermúdez, jefe del Ejército Occidental; detrás, el guerrillero rebelde y Héroe de la República de Cuba, general de división de la reserva, Ulises Rosales del Toro, y el general de brigada del Ministerio del Interior Marco Antonio Hernández Arcalá, jefe de la Dirección de Cárceles y Prisiones.

Tampoco quienes van en el yipi que traslada el armón son los mismos. Para este recorrido se han creado dos grupos. El principal está compuesto por el teniente coronel Peraza, el sargento Alexei Hernández Leal, los sargentos de primera Runier Moreira Arias y Raider Robert Guerra, y el chofer Rafael Batista Danger, trabajador civil de las FAR.

Ahora es el turno del otro, el de la reserva, dirigido por el mayor Gilberto Luis O’Farrill Ramos; lo integran, además, el segundo suboficial Ariel Cámbara La Rosa, el suboficial Reinier Martínez Mandín, el sargento de tercera Silvio Coreaus González y el chofer de tan solo veintiún años, sargento de tercera Eduardo Zamora Batista.

«Nuestra misión era relevar al primer grupo, por ello trabajamos los tramos Matanzas-Villa Clara, Las Tunas-Holguín y desde Palma Soriano hasta El Cobre», precisaría días después el mayor de treintaiséis años Luis O’Farrill.

A la salida del cortejo por las calles interiores del Estado Mayor, los oficiales que en firme lo saludaron cuando entró, despiden a Fidel desde el mismo sitio.

Regresa a la Carretera Central. Avanza al sur rumbo a Limonar. Vuelven las aceras y los trillos a llenarse de gente. El pueblo de Guanábana sale a su encuentro; y frente al hospital siquiátrico de ese poblado están médicos y enfermeros.

Quienes esperan al borde de los potreros de la región pecuaria de la Empresa Genética fijan su vista en los vehículos. En medio de esa zona poco habitada, el caserío de Ibarra, donde muy cerca se levantaron en armas Juan Gualberto Gómez y otros mambises el 24 de febrero de 1895, honra al Comandante. En todas esas áreas rurales no hay un espacio sin un cubano.

Muchos vienen desde Cabezas, Bermejas, Alacranes, Unión de Reyes, Sabanilla, Cidra, Triunvirato y otros lugares por donde no irá la caravana, la cual transita ya por las afueras de Limonar, ante un pueblo con banderas y lágrimas.

A Coliseo arriba pasadas las 2:00 de la tarde y ahí abandona la Central para enrumbarse unos dieciséis kilómetros hacia Cárdenas, la tierra del líder estudiantil José Antonio Echeverría.

Aplausos, exclamaciones, niñas sobre los hombros de sus padres, cámaras, pioneros..., y los carros dan una vuelta al parque repleto de personas, donde hasta en los bancos se han subido para ver a Fidel.



Entre Coliseo y Cárdenas.
Foto: Juvenal Balán

Igual que en la mañana del 8 de enero de 1959 viene el Comandante a la ciudad en la que, por vez primera, se izó la bandera cubana a mediados del siglo XIX, para rendir tributo a José Antonio, el presidente de la Federación Estudiantil Universitaria que el 13 de marzo de 1957, tras tomar Radio Reloj, murió en combate contra oficiales de la policía batistiana cerca de los muros de la universidad habanera.

Con él Fidel tenía un compromiso de lucha desde que se conocieron en la colina y firmaron juntos una carta en México, en 1956, para unir las fuerzas revolucionarias. En aquella ocasión visitó a los padres de su amigo, conversó con ellos, y fue al lugar de reposo del líder de los estudiantes en el cementerio de Cárdenas. Ahora José Antonio lo mira desde su estatua. La casa abierta del mártir deja ver sus fotos y la bandera de la organización que dirigiera.

Cárdenas es también la tierra del niño por el que tanto luchara Fidel para que volviera a Cuba. Desde que Elián González fue rescatado de las aguas del estrecho de la Florida el 26 de noviembre de 1999, el pueblo cubano comenzó la batalla de traerlo con el Comandante al frente, hasta que en junio de 2000, regresó a la Isla.

«Me regaló una caja de bombones y un libro de *La Edad de Oro*. Y me dijo: “Ten cuidado no te leas la caja de bombones y te comas el libro [...]”.

»Desde entonces comenzó a ser ese padre que se convierte en un amigo sin dejar de ser padre. Al igual que a mi papá, yo quería mostrarle todo lo que lograba para que se sintiese orgulloso de mí. Si aprendía a hacer algo quería mostrárselo, y son muchas cosas las que me quedaron por mostrarle», dijo el joven Elián en esos días tristes.

Por la misma carretera regresa el cortejo a la Central, y los cardenenses lo saludan dos veces. Nadie abandona su sitio en el tramo que une a Cárdenas con Coliseo. Allí lloran de nuevo niños, adolescentes, obreros, amas de casa, trabajadores del turismo...

Los mismos de hace una hora y media se mantienen bajo el sol caliente de la tarde. Luego Jovellanos, que también aguarda a la orilla de la vía, y Perico.

Exactamente en Carretera Central y Martí se lee en una tarja: «Aquí se detuvo la Caravana de la Libertad el atardecer del 7 de enero de 1959. Desde este sitio dirigió la palabra al pueblo el líder de la Revolución». Y como aquel día, a esa misma hora, hay cientos por Fidel.



La ciudad de Cárdenas.
Foto: Juvenal Balán



El pueblo de Coliseo mira por segunda vez el cortejo.
Foto: Juvenal Balán

Encorvada y canosa, una anciana se lleva las manos al rostro y observa triste al comprobar que es cierto lo que dicen, que el Comandante anda por Cuba dentro de una cajita de cedro.

Y mientras recorre Matanzas, Nemesia, la niña que en los días grises de la invasión —según narran los versos de Jesús Orta Ruiz, el Indio Naborí—, viera caer muerta a su madre, sangrar a sus hermanitos y un huracán de disparos agujereando los lirios de sus zapatitos blancos, desde su casa en la Ciénaga de Zapata, como mismo hace con su madre, le enciende una vela ante una de sus fotos.

«Porque Fidel fue muy grande para mí. Después de que lo perdí, aunque nos deja su legado y su historia, es que me di cuenta de cuánto lo necesito vivo. Tal vez un poco lejos, pero yo lo tenía ahí; y cuando entendí que de verdad se había ido, sentí que me habían lanzado al vacío».

En el batey de Soplillar, donde el Comandante en Jefe cenó la primera Nochebuena de la Revolución, el 24 de diciembre de 1959, los hijos del pantano prenden más velas por él.

Ya en Colón, tierra de Mario Muñoz Monroy, el médico que lo acompañó a las acciones del 26 de julio de 1953 en Santiago de Cuba, muchos salen a su encuentro. Se han recorrido unos doscientos veinte kilómetros. La tarde acaba, apenas el sol ilumina, pero los colombinos permanecen bordeando ambos lados de la carretera.

Llanuras, cañaverales, pastizales, y quienes viven en Agüica observan delante de ellos este Fidel. Por las afueras de Los Arabos

transita mientras los campesinos, por respeto, se quitan sus sombreros, y los jóvenes, sus gorras. El pueblo está triste.

Luego del batey Cuatro Esquinas, la caravana se detiene unos minutos y se acomoda el adorno floral que rodea la urna. Desde allí, por quien viaja entre rosas blancas, crisantemos y lirios, se estira un cordón humano hasta San Pedro de Mayabón, en la frontera con Villa Clara.



¡Hasta la victoria siempre!

Quiere esconderse el sol de la primera jornada de viaje, pero el pueblo no se oculta todavía. Son las 5:05 de la tarde. Una gran bandera cubana y otra del 26 de Julio, a cada lado de la carretera, como quienes han llegado hasta Cuatro Palmas, desafían al viento y las horas de espera para recibir el cortejo fúnebre del Comandante en Jefe que ya comienza a andar por las tierras de Villa Clara.

Ante la solemnidad de la entrada, el Himno de Bayamo se escucha y llama al combate. Muchos visten de blanco, algunos simbolizan el luto en la cinta negra que han anudado en su brazo derecho, y la imagen de Fidel se levanta en los cuadros que sostienen otros. Maestros y pioneros saludan, agitan las banderas y observan el armón que se aleja igual que los hijos negados a la partida del padre.

Entre tantos niños, una mujer de unos sesenta años, cuando tiene ante ella la urna de cedro, por la impresión de saber quién va ahí, se pone en firme y, similar a los soldados de más experiencia, lo saluda, gira su cuerpo sobre el pie derecho y lo sigue hasta que se aleja.

Cascajal, repleto de gente sobre las aceras, le da la bienvenida con el mismo respeto. Embarazadas, pequeños en



Primera noche del viaje.
Foto: Fernando Medina

brazos, abuelos, jóvenes... Y las notas del himno nacional desde una bocina en el centro del pueblo.

Luego Mordazo, Sabino Hernández, la cervecería Antonio Díaz, Manacas, las cercanías del central azucarero George Washington; y es Santo Domingo el primer municipio que recibe de noche a Fidel. Allí lo ven pasar algunos desde los portales cercanos a la carretera, otros con bastones o en sillas de ruedas frente a sus casas; muchachas con las manos en la cabeza... A muchos les cuesta asumir aún la muerte de un hombre que creyeron inmortal.

Cerca de cien metros, a ambos lados de la vía, una senda de flores en el suelo, sobre todo rosas rojas, rinde honor al Comandante. En la oscuridad los *flashes* de cámaras fotográficas y celulares son puntos claros a lo largo de la carretera que, mientras señalan el camino, guardan el momento que nadie quiere perderse. El auto detrás del armón tiene la luz larga encendida para iluminarlo y las personas puedan ver mejor el cofre dentro de la cúpula de cristal.

Así, entre luces amarillas pasa por 26 de Julio y Jicotea hasta llegar a Esperanza. Desde pantallas gigantes, la imagen del guerrillero hablando impresiona a todos. Lo más difícil es pensar en él, en las veces que pudieron verlo o sentirlo cerca y relacionarlo con la muerte.



Los hijos de Villa Clara.
Foto: Fernando Medina

En la grabación se le ve de verde olivo aquel 1.º de mayo de 2000, y ahora, para este pueblo que lo recibe y llora, otra vez dice el concepto de Revolución. Las calles y esquinas estrechas están colmadas de gente y se escucha el himno de la patria. Ya es común que en los pueblos villaclareños se canten sus versos.

Se siente la energía de un pueblo triste. El cortejo se desvía de la Carretera Central y toma otra vía hacia el sur buscando la ciudad de Cienfuegos.

En una zona despoblada, antes de llegar a Ranchuelo, los vehículos se detienen. Los abastecen de combustible, los limpian, sacuden el polvo a la cúpula de cristal y acomodan los ramos de flores.

Han pasado las 7:00. Ni la frialdad ni la oscuridad de una noche con luna en cuarto menguante impiden que los vecinos de la región abandonen sus casas y se acerquen al camino a esperar al Gigante.

Una vez en Ranchuelo, hay mucha gente en los balcones, encima de los edificios, asomada a las ventanas de casas antiguas sin portales, a menos de un metro de la calle. Y por momentos, el silencio.

Por segunda ocasión en el recorrido, los carros cruzan otro puente sobre la Autopista Nacional; pronto llegan a Abreus, primer municipio de Cienfuegos. Luego Cruces, Paradero de Camarones, Espartaco y Palmira.



Fidel en Cienfuegos.
Foto: Aslam Casteñón

¡Él es de verdad!

Son las 9:00 de la noche cuando entra la caravana a la ciudad, la primera que en este viaje recibe al Comandante de noche. Pasa cerca de la Universidad Carlos Rafael Rodríguez y sigue la circunvalación hasta el centro. En cada tramo, gente, carteles, banderas y la luz que desprenden los teléfonos móviles, llenan el camino.

El pueblo toma las avenidas como lo hizo el 5 de septiembre de 1957, no para alzarse contra la dictadura de Batista, sino para despedir a un Fidel envuelto en cedro que ven pasar los viejos árboles del Prado. Militares serios y tristes saludan, se escuchan gritos, lo aclaman con la ilusión de que aparezca en cualquier momento y lo custodian en gruesas filas de luces que bordean la vía.

¡Fidel es de verdad!, es la impresión que revelan las fotos históricas en el rostro de una niña cienfueguera que lo miró aquel 6 de enero de 1959, cuando en el Ayuntamiento habló al pueblo. Pasados cincuenta y siete años, está de nuevo allí el Comandante y de noche, en el parque Martí. Es la primera vez que el cortejo se detiene ante la multitud y las autoridades políticas y de gobierno de una provincia.

Con su uniforme militar, lo mira el general de brigada de la reserva Marcelo Verdecia, el muchacho que en 1959 entró en el mismo yipi Willys que Fidel y dos años antes había subido a la Sierra para convertirse en parte de quienes protegían la vida del jefe guerrillero.

«Siempre estuve con él en la comandancia de La Plata. Yo le cargaba su fusil de mira telescópica. Él era muy intranquilo, impaciente. Algunas veces salíamos a caminar los dos solos donde no había peligro, y él caminaba muy rápido, hacía muy breves pausas y continuaba. Siempre estaba con un palito en la boca, era muy activo y ágil, hacía una pregunta y ya estaba pensando en otra.

»Por eso es que verlo así me ha afectado mucho. Para mí, huérfano de madre a los cinco años y con muy pocos estudios, mi más grande educador fue él. Cuando llegamos a La Habana me puso una maestra de la universidad para que me enseñara a leer y escribir. Para mí está vivo».

Las calles del centro histórico de la ciudad, que impresionan por la belleza y conservación de su arquitectura e iluminación,



Cienfuegos llora a Fidel.
Foto: Aslam Casteñón



Por las calles de Cienfuegos.
Foto: Aslam Casteñón

reciben con aclamaciones el cortejo. Parece que llegará en pocos minutos el hombre que se dejó crecer la barba en la Sierra.

Silencio. Cientos de ojos detallan el armón. Fidel de nuevo ha venido a honrar este territorio. El himno nacional se escucha, vibra el alma de los cienfuegueros. Ya es cerca de las 9:30. La caravana bordea el parque, continúa por una de las calles, dobla a la derecha y avanza por todo el Prado hasta el Malecón y Punta Gorda, donde termina la ciudad y comienza la bahía. Una hilera de cocoteros, mucha gente, luces..., y otra vez cerca del mar pasa el Comandante.

Por el bulevar, una joven tiene sus grados pintados en la cara, un fotógrafo amigo le tomó esa imagen que se multiplicaría después en las redes. Pero la muchacha no piensa en esa, sino en la otra tomada en 1995 donde aparece Fidel, varios dirigentes cienfuegueros y al centro, su madre, una fotografía que por años estuvo sobre su buró.

Rosa María Díaz es periodista del semanario *5 de Septiembre*; por esos días escribió: «Mi mamá tiene una foto al lado de Fidel, yo ni siquiera pude tocarlo a él; ahora sé que nunca podré. Lamento no

haberlo leído más, no haberlo visto y escuchado más, no saberme de memoria su biografía personal, hasta los datos más íntimos. Lamento no haber podido nunca estar a su lado, aunque en cierto modo sí lo estuve».

El artista de la plástica Santiago Hermes sintió la necesidad de hacer algo, y mientras un amigo trompetista lo acompañaba interpretando marchas o toques de silencio, él, como en la piel de Rosa María, dibujó en los cienfuegueros símbolos patrios o los grados del Comandante.

«Lo que más me pedían, sobre todo los niños, era que les pintara su rostro. Fue nuestra manera de honrarlo. Así exterioricé el dolor que sentía. Regresé a casa en la madrugada, pero con la satisfacción de que por él, no dejé de pintar en ningún momento».

Por el Paseo, las exclamaciones de ¡Fidel, amigo, el pueblo está contigo! lo llenan todo; y el pueblo le corea al mundo que él vive en ellos.

Recuerda el general Verdecia que por los días de enero de 1959, William Morgan, estadounidense y comandante del Segundo Frente



Mi mamá tiene una foto al lado de Fidel; desde el miércoles yo también tengo la mía.

Foto: Aslam Casteñón

Nacional del Escambray, se había autotitulado jefe en la base naval de Cayo Loco, convertida hoy en Museo Naval, y había comenzado a sacar armas. «Fidel entró ahí, se reunió con los marineros y Morgan fue destituido».

A unos metros del lugar donde giran las ruedas y retornan los carros en sentido contrario, parece esperarlo el restaurante Cova-donga con una bandera cubana, el concepto de Revolución, algunas fotos suyas y una corona de flores. Allí Fidel celebró aquel 6 de enero la cocina de Doña María; pero esta noche, sus trabajadores han dejado el lugar vacío y están todos al borde de la calle.

Ese día de reyes Fidel descansó por unas horas en Punta Gorda, «en la casa de un tío de quien fuera su dentista en la Sierra, Luis Borges Alducín. Sobre las 9:00 de la mañana desayunó y salió; luego fue al Ayuntamiento y se entrevistó con los periodistas», explica el general Verdecia.

Sigue su ruta el cortejo y quienes lo acaban de despedir cruzan corriendo el Prado para verlo otra vez. Una muchedumbre inunda la calle y marcha tras la caravana.

A lo lejos queda la ciudad iluminada de Cienfuegos. Llovizna, hace frío y hay niebla. Rumbo a Santa Clara, se repite el trayecto por donde horas antes había entrado a la provincia. Se aproximan las 11:00 de la noche, y los pobladores de Palmira, Espartaco, Paradero de Camarones y Cruces permanecen para darle el último adiós.

Antes de andar sobre el puente de Ranchuelo, la hilera de carros gira a la derecha e inicia un paso breve de unos veinte kilómetros por la Autopista Nacional: busca la ciudad que liberara el Che en diciembre de 1958. En ese tramo despoblado lo custodian oficiales y soldados de las FAR y el Minint. También los habitantes de casas cercanas, bajo los puentes, aguardan.

En el kilómetro 259, trabajadores de tiendas y cafeterías a la orilla de la carretera salen a su encuentro. A la entrada de Santa Clara, bajo las farolas, están militares de una unidad de las FAR cercana, estudiantes universitarios y mucho pueblo.

Llega a la circunvalación, dobla a la izquierda y entra por esa senda el Comandante Fidel a la ciudad donde lo espera el guerrillero argentino. Es ya medianoche, las luces amarillas de la carretera iluminan los rostros de estudiantes de Medicina y otros jóvenes. Son instantes de gritos, llantos y vivas a Fidel.

Santa Clara, despierta y silenciosa, exactamente a las 12:10 de la medianoche, lo observa llegar al Mausoleo donde desde hace casi

veinte años reposan los restos de Ernesto Che Guevara, el amigo que conoció en México en 1955, lo acompañó en la expedición del *Granma* y se convirtió en la Sierra y la Revolución en uno de sus más cercanos comandantes. Justo en este sitio solemne sucederá la primera vigilia.

Bordea su estatua de bronce y se detiene a unos metros de los nichos en que descansan Che y algunos de los combatientes de la guerrilla del Ñancahuazú.

Los tres generales de la escolta de honor descienden del yipi. Uno al lado del otro, en firme, observan cómo el teniente coronel Peraza y el sargento Alexei Hernández, marchando, llegan hasta el armón y junto a los dos ayudantes de la urna, Runier Moreira Arias y Robert Guerra, sargentos instructores de la Unidad de Ceremonia, llevan la cúpula de cristal hasta un pedestal cercano.

Quitan los seguros y corren el cofre unos centímetros hasta el borde trasero del armón. Zafan las correas oscuras que lo han sujetado desde La Habana, lo toman por las agarraderas y, con cuidadosa marcialidad, colocan sobre sus hombros el cofre de cedro con las cenizas del Comandante en Jefe.

A la voz de mando del teniente coronel Peraza, dan media vuelta y comienzan a marchar con paso fúnebre, con el cual alcanza mayor altura y fuerza la caída del pie si el lugar es abierto; luego se hace más ligero cuando suben la escalera y entran al recinto donde duermen los guerrilleros.

Encima de una base de mármol, frente a la columna del centro donde están los restos del Che, colocan la urna. Muy cerca, en la plaza, al pie de su estatua, con letras de bronce está esculpida su carta de despedida a Fidel. «Que si me llega la hora definitiva bajo otros cielos, mi último pensamiento será para este pueblo y especialmente para ti. Que te doy las gracias por tus enseñanzas y tu ejemplo y que trataré de ser fiel hasta las últimas consecuencias de mis actos».

Peraza, con cariño de soldado leal, arregla la bandera como diciéndole al Comandante «hasta mañana». Las dos urnas descansan a menos de dos metros de distancia, una frente a la otra. Entre sollozos y aliento, Peraza le dice a sus muchachos: «Vamos a dejar que conversen toda la noche».

Salen los cuatro militares de la ceremonia por la otra puerta del Memorial. Ya abajo, se abrazan. «Tenemos esa costumbre cuando comenzamos y terminamos la tarea, especialmente después de una jornada como aquella», cuenta Peraza.

Allí, asombrado ante el bronce del Che y la llegada de Fidel al Mausoleo, el cineasta Roberto Chile quien, con su cámara fotográfica ha retratado rostros, lágrimas y adioses desde que salió de la capital en el camión de la prensa, se emociona otra vez.

Por más de veinte años estuvo captando para todos videos e imágenes del líder. Ahora, casi al término de este primer día con más de diecisiete horas de viaje en el que cientos de miles de personas lo han visto, y la caravana ha recorrido unos 350 km de los más de mil que hay hasta Santiago de Cuba, el cansancio de la marcha se disipa mientras un amigo de otras tierras le escribe.

«Dime, ¿qué pasó cuando Che y Fidel se encontraron?», le pregunta a través de un mensaje de texto; y Chile, con sus tantos recuerdos del Comandante en el lente y en el alma, le responde: «Se abrazaron, salieron caminando los dos y ya no los vi más».



Los militares colocan el cofre frente a los restos del Che.
Foto: Fernando Medina



Fidel y el Che se despiden.
Foto: Roberto Chile

Tu nombre es el de todos

El amanecer de este 1.º de diciembre sorprende a muchos de los que han acompañado al Comandante sin apenas dormir. Hubo cubanos en vela preparando el segundo día de viaje, los reporteros editando, escribiendo...

Las floristas Daylis y Marbelis ante los ramos. En cada parada ellas cuidan la frescura y posición de los crisantemos, lirios y rosas blancas que rodean las cenizas del Comandante en Jefe.

A escasos minutos para las 7:00 de la mañana, Peraza y Alexei, quienes en la medianoche lo llevaron frente al Che, ahora con la marcialidad y el respeto de siempre, devuelven la urna de cedro al armón.

Una nueva escolta de honor avanza con Fidel. Otros tres oficiales superiores, con guantes blancos y brazaletes fúnebres, irán hasta Camagüey. El primero es el general de división Raúl Rodríguez Lobaina, jefe del Ejército Central; detrás, el guerrillero rebelde y Héroe de la República de Cuba, general de división de la reserva Ramón Pardo Guerra, jefe del Estado Mayor Nacional de



Comienza el segundo día del recorrido.
Foto: Roberto Chile

la Defensa Civil, y el general de brigada Rafael Calderín Tamayo, jefe de Aseguramiento y Servicios del Ministerio del Interior.

Las ruedas comienzan a moverse sobre el granito de la plaza y las calles de Santa Clara vuelven a llenarse de pueblo. De día los villaclareños pueden apreciar mejor el cortejo. Avanzan los yipis con las luces encendidas y toman la avenida Marta Abreu rumbo al parque Leoncio Vidal.

En todo el camino, jóvenes oficiales del Minint y pioneros a coro le gritan: «¡Fidel, amigo, el pueblo está contigo!» La gente con banderas le dice adiós; estudiantes con su imagen desde cuadros, y otras voces le exclaman: «¡Yo soy Fidel! ¡Yo soy Fidel!», porque, desde que los enseñó a ser dignos, su nombre es el de todos. Y así, eterno y multiplicado, se extiende por esas calles del centro del país que están repletas por él.

Sobre azoteas, techos y balcones graban los celulares. Hay personas en la acera y algunos, en la puerta de sus casas, a solo unos metros, lo ven pasar. En una de esas, azul y con el número 68, un anciano se sostiene a un andador sobre su única pierna; junto a él, su esposa e hija miran también a Fidel.



Miles de cubanos van al encuentro con Fidel.
Foto: Fernando Medina

Al llegar al parque, frente al edificio de la biblioteca José Martí, antiguo Ayuntamiento donde habló al pueblo el mayor general Máximo Gómez el 13 de febrero de 1899 y lo hizo después de sesenta años el Comandante, el 6 de enero de 1959, se detiene la caravana.

Allí están las farolas y las columnas que son guardianas de esa historia. Una bandera cubana enorme y dos retratos del Comandante visten la edificación, mientras de las bocinas escapa la voz de Sara González en su eterno canto a los héroes y el himno de Cuba que entonan todos.

Por los malestares de sus ochentaidós años, mientras otros iban hasta el parque o la carretera, a un hombre las piernas no le respondían y estaba en su casa. «Yo no puedo ir, pero me voy a poner mi traje con todas mis medallas». Y los nueve días que duró el duelo, Terencio Pozo Vargas, uno de los clandestinos que en Santiago de Cuba luchó junto a Frank País, y luego en la Columna No. 17 del Segundo Frente Oriental llegó a La Habana el 8 de enero, tuvo puesto su uniforme de guerrillero.

Flauta, como todos lo llaman a causa de la extrema delgadez que tuvo al recuperarse de un accidente cuando era uno de los soldados en la Sierra, no dejó de recibir cada 6 de enero a los niños que reeditaban la Caravana de la Libertad. «Y lo que son las cosas de la vida, esta vez no pude ir, sin embargo, sigo aquí, siempre dispuesto», asegura quien aparece junto a Fidel en la foto triunfante de la entrada a la capital que muestra una de las caras del billete de un peso.

«¡Fidel! ¡Fidel! ¡Fidel!» lo llaman. Marcha el cortejo por la calle Colón hasta incorporarse a la Carretera Central, hacia la salida de Santa Clara.

En este nuevo trayecto cientos lo despiden. Policías, oficiales de las FAR y el Minint; estudiantes de la escuela militar Camilo Cienfuegos y de la Universidad Central de Las Villas llenan la avenida y la última rotonda de la ciudad. Unos metros más adelante se sigue escuchando el himno y en cada tramo, desde las manos de algunos en los edificios, ondea nuestra bandera.

Está nublada la mañana. Las primeras lomas del centro de la Isla se divisan a lo lejos, transita Fidel por los bateyes de Miller y Oliver hasta llegar a Falcón, un pueblo a once kilómetros de Placetas. Mucha gente allí, donde en diciembre de 1958, para la toma de Santa Clara, Che ordenó dinamitar el puente sobre el río de ese pueblito a orillas de la Carretera Central.



Los niños llaman a Fidel.
Foto: Fernando Medina



Rumbo a Placetas.
Foto: Abel Rojas



Sale el cortejo de Placetas.
Foto: Roberto Chile

El Comandante de la Revolución Juan Almeida Bosque, quien acompañó a Fidel en la Caravana de la Libertad, justo en este lugar escribió en su libro *La Sierra Maestra y más allá*: «En Falcón tenemos que tomar un desvío pues el puente es un amasijo de hierros y hormigón que nos impide el paso, como días antes se lo impidió a las fuerzas de la tiranía; con ese fin fue destruido».

Llega a Placetas el cortejo y frente al parque se detiene unos minutos. Se escucha el himno nacional, versos que se han entonado en todos los pueblos villareños por los que ha pasado. La ciudad, con sus más de dos kilómetros llenos de personas, lo contempla avanzar hacia Sancti Spíritus.

A la salida bordea la antigua estación Radio Nacional de Placetas desde la cual el Che hablara al pueblo la noche del martes 23 de diciembre de 1958, horas después de que el comandante médico y sus guerrilleros liberaran el territorio.

En aquellos tiempos, una niña de nueve años oía los partes rebeldes tras las tablas de la casa donde sus padres y algunos vecinos, a escondidas, también escuchaban a los principales jefes de la guerrilla. Hoy, la remediana Ernestina Pérez tiene sesenta y seis años, no vive cerca de la Carretera Central, pero desde su casa en el pueblito de Tahón, despide a Fidel mientras le asegura a su nieta Dayara cuánto le debe al Comandante. «Yo no sé mucho, llegué al doce grado, pero si Fidel no hubiese triunfado, sabría menos todavía».



¡Gigante, eterno Comandante!

La tela de dos banderas enormes juega con el viento. Es el límite entre Villa Clara y Sancti Spíritus y unos camiones grúas con el brazo levantado estiran desde su altura hasta el suelo las enseñas de unos veinte metros, la del Movimiento 26 de Julio y la cubana. Las franjas y la estrella, vigilantes de la historia de esta Isla, ven pasar los carros del cortejo fúnebre.

Los molinos han detenido sus aspas, y con ojos de asombro y tristeza, los hijos de esa región despiden a Fidel, en el instante en que cruza el puente de la Central sobre la Autopista Nacional.

Es poco más de las 9:00 de la mañana de este jueves 1.º de diciembre y, al líder que no muere, lo mira un anciano en silla de ruedas, un campesino con el sombrero en el pecho, niños, mujeres, trabajadores... Y así, con todos sus habitantes al borde de la vía, el pueblo de Cabaiguán, primer municipio de la provincia espirituable, lo recibe.

Se detiene el cortejo a unos metros de los laureles del Paseo, al lado de la estatua a tamaño real del comandante rebelde Faustino Pérez, hijo de esa tierra. Se escuchan fuertes, desde la voz de cientos, las notas de nuestro himno.



Dos símbolos y el pueblo reciben a Fidel en Sancti Spíritus.
Fotos: Roberto Chile



El cortejo entra a Cabaiguán.
Foto: Fernando Medina

«¡Fidel! ¡Fidel! ¡Fidel!», lo llaman, quizás como hace cincuentaisiete años un día nublado y frío igual que el de hoy.

Entre la multitud, un cabaiguanense con una cámara fotográfica espera su oportunidad. «Fue la casualidad, o quiso Dios que el cortejo parara frente a mí. Tomé un sinnúmero de fotos en las que apareció el cofre cercano a la estatua de Faustino. Tuve esa suerte», cuenta Rafael Ángel Rangel.

Sobre su paso por esta tierra en el recorrido de libertad del 59, Almeida, en su obra ya citada, escribió: «De nuevo por la Carretera Central, pasamos por Guayos, después por Cabaiguán, tierra de tabaco cultivado en su mayoría por isleños de Canarias. Aquí el pueblo se desborda en alegría en el parque-paseo en el centro de la carretera». En este viaje inverso, primero llega Fidel a Cabaiguán y luego a Guayos. La historia se cuenta al revés.

Ya se aleja el guerrillero protegido por un cristal y el cariño de Cuba. Desde azoteas, balcones y aceras las personas lo honran. Lo mismo sucede en Guayos, pueblito de tradicionales parrandas, voladores y fuegos artificiales igual que Remedios, Zulueta y Vueltas en Villa Clara. Bajo una lluvia ligera se alzan banderas y carteles. Los jóvenes no se van, y siguen sus gritos de ¡Yo soy Fidel!

A la ciudad de Sancti Spíritus entra sobre las 10:30 de la mañana. La avenida que conduce al parque Serafín Sánchez Valdivia y al Centro Histórico da la impresión de que no soporta una persona más.

La llovizna no cesa, pero todo está repleto de gente y apenas pueden transitar los carros. Se ven cuerpos en cada espacio, no queda ni uno vacío. Muchos han venido de municipios vecinos; otros, de allí mismo, temprano para reservar un buen puesto entre la muchedumbre.

Llega el líder de la Sierra al parque que, con pasos, fotos, carteles y conversaciones, se llenó durante la madrugada, semejante a aquella del 6 de enero de 1959, también de insomnio, en la que Fidel hizo un alto en su viaje triunfal hacia La Habana y les habló.

Su cortejo le da la vuelta a la plaza pública. Montones de jóvenes han tomado sus calles. Al chofer del vehículo de ceremonia que conduce el armón, sargento de tercera Eduardo David Zamora Batista, el corazón le salta en el pecho como no le había sucedido en sus veintiún años de vida. Diría después, cuando pudo contarle, que «había mucha gente reunida allí. Niños, jóvenes, ancianos gritan-



Imágenes en el lente del pueblo.
Foto: Rafael Ángel Rangel

do ¡Yo soy Fidel! y llorando. A mí me daban ganas de llorar, pero no podía. Durante el viaje, por tramos manejé el yipi; me turnaba con el otro chofer, también de apellido Batista, pero donde más personas vi fue en ese lugar».

Aclaman a Fidel, agitan las banderas, lo miran y le gritan para que los escuche dondequiera que esté: «¡Fidel, gigante, eterno Comandante!» Y frente al mismo sitio donde él hablara en los días de victoria, la Biblioteca Provincial Rubén Martínez Villena, antigua sede de la Sociedad El Progreso, se detiene. Aquella vez dijo:

Es posible que nunca antes [...] se hubiese reunido en número tan considerable la ciudadanía de Sancti Spíritus en un acto que no convocó nadie, que lo convocó el pueblo, cuando no se sabía a ciencia cierta a qué hora pasaría nuestra caravana hacia La Habana y cuando sencillamente no son las doce del día, ni las tres de la tarde, ni las diez de la noche, son las dos de la madrugada, y es, además, un día de frío y parece que de lluvia también. ¿Pero qué le pueden importar a nuestro pueblo las inclemencias de la naturaleza en estos tiempos en que ha aprendido a vencerlo todo?



Miles reciben a Fidel en Sancti Spíritus.
Foto: Roberto Chile



El parque Serafín Sánchez.
Foto: Roberto Chile



La caravana frente a la antigua Sociedad El Progreso.
Foto: Roberto Chile

Cuatro fotos enormes dan fe de su presencia en el alma de los hijos de este territorio, y con fuerza que sale de adentro, de lo más hondo, Sancti Spíritus canta el himno de Perucho Figueredo.

Las manos alzan teléfonos para grabarlo ahora que se ha hecho viento y palabra viva. Así, en medio de la emoción de miles, la caravana avanza y retoma la Central por la Avenida de los Mártires, la misma por la que había entrado al parque. En ese regreso, desde un balcón, tres muchachos, uno de ellos treintañero, gritan: «¡Viva Fidel!»

A la salida de la ciudad lo escoltan banderas cubanas, del 26 de Julio e hileras gruesas de gente. Gritos sobre el techo de algunas casas aclaman a quien no se fue ni aun después de muerto; estudiantes de la escuela militar Camilo Cienfuegos con respeto lo saludan.

La espirituana María Elena Mompeller Linares, de cincuenta y cuatro años, está frente a la terminal, en la carretera que conduce a Jatibonico. «Antes de pasar el cortejo, un lada con un altavoz nos explicó que guardáramos la distancia y que podíamos agitar banderas, filmar y decir consignas», recuerda.

En ese lugar se han reunido también los pacientes del Hogar de Ancianos Ever Riverol Bernal. Al paso de Fidel todo queda en silencio. Las personas no saben irse, es como si hubiesen olvidado el camino de regreso. «Yo me puse fuerte para que los viejitos no se emocionaran más», contaría María Elena.

El cortejo deja la ciudad. Continúa hasta El Majá y luego Jatibonico. Juan Almeida Bosque, en la misma obra, registró: «A la entrada, sobre el paso superior del ferrocarril, una multitud aplaude y aclama. El pueblo desbordado de alegría nos recibe a ambos lados de la carretera que atraviesa este poblado. A la salida de la ciudad, después de una curva, pasamos por el puente de hierro sobre el río Jatibonico, que marca el límite entre Camagüey y Las Villas. A ambos lados de la carretera vemos grandes extensiones de caña y en la distancia distinguimos las elevaciones de la sierra del Escambray [...]».

Contaba el capitán rebelde Juan Nuiry Sánchez, quien estuvo también en el recorrido de entonces, que no fue fácil llegar a Sancti Spíritus desde Ciego de Ávila, pues los revolucionarios habían destruido dos puentes en la Carretera Central para impedir el traslado de fuerzas de la dictadura a la antigua provincia de oriente. «Nos vimos obligados a transitar por la carretera de El Majá hasta El Jíbaro, y la caravana de yipis, camiones y tanques entró [a Sancti Spíritus] por la calle Máximo Gómez», decía Juan.

Hoy no hay obstáculos como los hubo en 1959, pero de nuevo Fidel avanza invicto. Hasta en zonas poco pobladas hay espirituanos. Lo han escoltado durante los setenta y un kilómetros de Carretera Central desde los límites con Villa Clara hasta su salida hacia Ciego de Ávila. Atrás, en las casas, están las anécdotas de quienes han regresado, las fotos tomadas que ya son históricas, y el mismo sentimiento se comparte una y otra vez.



A la salida de Sancti Spíritus.
Foto: Abel Rojas



El pueblo está contigo

Se escucha cerca el ruido de las hélices. Hay muchas personas pero pocas miran hacia arriba en busca del helicóptero que acompaña el cortejo fúnebre desde La Habana. Hace horas que esperan al mismo hombre y saben que no está en las nubes. Fidel pasará por donde están ellos, en la tierra.

Es mediodía, exactamente las 12:44. El cortejo entra a la región avileña. Campesinos, mujeres con niños en los brazos, obreros, estudiantes y una hilera de soldados del Ejército Juvenil del Trabajo con sombrero de pajilla, uniforme carmelita y banderas en las manos, saludan en firme.

«¡Fidel, Fidel, ¿qué tiene Fidel que los imperialistas no pueden con él?!», gritan los más pequeños, lo llaman los mayores, y el pueblo de Majagua lo recibe como si el Comandante viajase de pie en el primer auto de aquella caravana de la noche del 5 de enero cuando, en este mismo tramo de la Carretera Central, barbudos de la Sierra llenaban de combustible sus camiones y tanquetas para seguir rumbo a La Habana.



Ciego de Ávila da la bienvenida a Fidel.
Foto: Abel Rojas

El capitán del Ejército Rebelde Omar Fernández Cañizares, quien lo acompañó en el viaje de la libertad, recuerda que nunca antes de aquellos días vio tanto pueblo reunido. «Yo no sé de dónde salían. La gente se trasladaba de los pueblos y bateyes hasta la Carretera Central. Nunca habían visto a Fidel; solo por fotografías. Supieron de él por el Moncada, luego lo conocieron en las pocas imágenes que publicó la prensa amarilla durante la guerra, pero nunca lo habían tenido cerca».

Pasados más de cincuenta almanaques e igualmente custodiado por muchas personas, entra un Fidel distinto casi a las 2:00 de la tarde a la ciudad de Ciego de Ávila. Desde azoteas muchos aplauden, levantan las manos, alzan carteles, imágenes del líder y gritan: «¡Yo soy Fidel!» «¡Yo soy Fidel!» «¡Se oye, se siente, Fidel está presente!» Para esta multitud el Comandante en Jefe está más vivo que ella misma.

En el segundo piso de la Casa de la Prensa, donde cuelga la bandera cubana, la del 26 de Julio y una foto del líder, un hombre de unos cincuenta años, con postura firme, lo saluda. No hay un solo sitio en la ciudad que no tenga avileños aclamándolo. Las voces finas de los niños se unen con todas sus fuerzas en un coro que lo escolta por varias cuadras: «¡Fidel, amigo, el pueblo está contigo!»



La multitud llena los espacios para ver al Comandante.
Foto: Fernando Medina



Fidel en las manos de Cuba.
Foto: Juvenal Balán

A un poste de luz ha subido otro hombre para observarlo. Con la mano izquierda se sujeta, la derecha la tiene en el pecho, y a sus ojos pesados por el llanto captan los lentes de una cámara.

Sobre un puente y en medio de dos carteles con su imagen puestos en las barandas, hay un joven oficial del Minint. En firme ve el avance de la caravana por debajo.

Camarógrafos y fotógrafos del territorio graban todo sobre el techo de una parada de ómnibus. Los policías que han organizado a quienes esperan, cuando se acerca, se ponen de frente y militarmente saludan. Los balcones de unos edificios verdes, a unos diez metros de la calle, están llenos de gente.

Han pasado unos quince kilómetros desde que salió de la urbe. Campesinos, con sus hijos y su llanto, dan su homenaje sencillo al hombre que tal vez nunca vieron personalmente, pero conocen, respetan y quieren.

El cortejo dobla a la derecha y, en una unidad militar muy cerca de la Central, ocurre la tercera parada técnica del viaje y la primera del día. Se abastecen de combustible los vehículos, meriendan



La caravana se despide de la ciudad de Ciego de Ávila.
Foto: Roberto Chile

quienes viajan junto al Comandante y se retira el polvo de la cúpula de cristal que protege el cofre.

Dispersos alrededor de la unidad y junto al cortejo, hay guardias que lo custodian durante los casi veinte minutos de escala. Cuando echa a andar, los habitantes de las casitas cercanas esperan en el camino polvoriento.

«Esta es la caravana hacia la eternidad», comentan algunos y recuerdan la de 1959. Cuenta el comandante Delio Gómez Ochoa, jefe del Cuarto Frente Simón Bolívar, que al inicio Fidel no estuvo de acuerdo en llamarle caravana, pues ese término aludía a los cazadores que en África capturaban leones para los circos y personas para enviar como esclavos a las plantaciones de los millonarios azucareros. «Él dijo que se iba a llamar Columna No. 1 José Martí de la Victoria. Y sus jefes serían los comandantes Juan Almeida Bosque y Guillermo García Frías. Yo no sé cuándo comenzó a llamarse Caravana de la Libertad, pero con el tiempo, fue ese el nombre que perduró», dice Delio.



Las familias al pie de los caminos.
Foto: Fernando Medina

Cuba está movilizada. Desde el 26 de noviembre el rostro de Fidel está en la televisión, los medios solo hablan de él y en el país no existe otra noticia que su viaje.

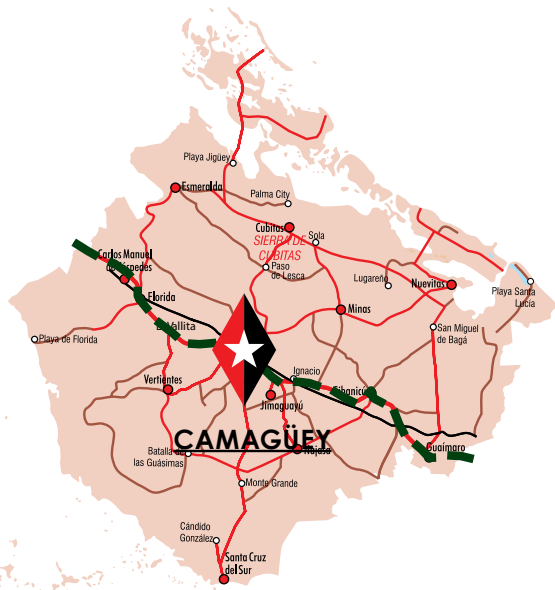
Otra vez el ruido del helicóptero. Muchos suben la vista y observan al hombre sentado al borde de la puerta. Dentro viajan Abel Rojas, fotógrafo de *Juventud Rebelde*; José Raúl Rodríguez, Pepe, del periódico *Trabajadores*; el periodista de la Televisión Cubana Bernardo Espinosa; la tripulación de la aeronave y al que a cientos de metros de altura le cuelgan las piernas, es el camarógrafo Antonio Gómez, el Loquillo. Él, después de haber estado junto al líder en disímiles coberturas dentro y fuera de la Isla, afirma que esta de acompañar su cortejo es la única misión que no hubiese querido hacer.

«Allá arriba lloré y grité varias veces ¡Viva Fidel!», para desahogarme, porque la emoción era mucha. Cuando cerraba el lente podía contemplar a los niños sobre los hombros de sus padres, jóvenes con el nombre del Comandante pintado en la cara, mucha tristeza», cuenta el Loquillo quien, siendo un niño sin zapatos que vendía periódicos en las calles habaneras, recibió

al barbudo en la Virgen del Camino en 1959 mientras escuchaba a su madre exclamar: «¡Nos salvamos, hijo! ¡Nos salvamos!»

Precisamente, las frases que más escuchó el capitán rebelde Omar Fernández a lo largo del recorrido victorioso fueron: «Fidel, tú eres el Dios que ha venido a salvar esta tierra. Jesucristo se ha encarnado en ti». «Tú eres el salvador. La guerra no fue en vano».

Fueron muchos los salvados entonces, son muchos los agradecidos por estos días. Sigue su rumbo esta caravana. Transita por el poblado de Gaspar. Sobre la carretera mojada a causa de una llovizna pasada se deslizan los vehículos de ceremonia. Persiste el mal tiempo, a pesar de ello, los cubanos siguen ahí, al borde de la vía.



¡Mira,
ahí va Fidel!

Apenas son las 4:00 de la tarde y el sol se ha ido. Las nubes oscuras amenazan con una lluvia fuerte. Los yipis avanzan con las luces encendidas y la gente no le teme al temporal, solo a no estar cerca de él por última vez, cuando ya viaja por las tierras camagüeyanas.

Ha contado el Comandante de la Revolución Juan Almeida que, a su paso por esta provincia en 1959, jinetes con vestimentas elegantes y botas lustrosas, alineados en briosos caballos y sombreros de fieltro en mano, saludaban la caravana. Tal vez los nietos de aquellos ganaderos son los que ahora honran al cortejo fúnebre del Comandante: uno junto al otro, en perfecta formación. Están en un potrero cercano, con sus sombreros de paño en el pecho y ropa de trabajo.

Por el municipio de Carlos Manuel de Céspedes arriba el líder al territorio agramontino. Miles de sus hijos lo han esperado horas. Ya lo ven de cerca y se apuran en gritarle cuánto de él se queda en ellos: «¡Yo soy Fidel! ¡Yo soy Fidel!»

En un tramo despoblado solo dos muchachos de camisa carmelita, uno a cada lado de un pequeño puente, ven pasar el cortejo. Como soldados de posta frente a los cañaverales reciben al Comandante en Jefe en firme y agitando las banderas.



La caravana arriba a Camagüey.
Foto: Fernando Medina

Llega a Crucero de Piedrecitas y, más adelante, a Florida. Inundan las calles enseñas cubanas, del 26 de Julio, fotos suyas y un pueblo que pronunciando su nombre intenta despertar a quien está dentro del cofre de cedro.

Policías y militares lo saludan como él les enseñó a hacerlo; los estudiantes gritan y los niños observan, sabiendo que recordarán este momento aunque pasen muchos años. Una mujer vestida con camisa de trabajo alza su brazo con el puño cerrado y exclama: «¡Yo soy Fidel!»

Ya es de noche, parecidas a luciérnagas blancas las luces de los celulares señalan el camino. Jóvenes vestidos de blanco escoltan la caravana a su paso por los campos de Camagüey.

Unos kilómetros antes del caserío La Vallita comienza el aguacero con el que todo el día han amenazado las nubes. Igual que Fidel, quien tantas veces nos habló bajo la lluvia, aquí hay personas al borde de la carretera. Nada parece importarles, ni el frío, ni la llovizna ni la noche; y hay pocas sombrillas al borde del camino. «¡Fidel, amigo, el pueblo está contigo!» le gritan quienes a pesar del agua lo han esperado y lo miran pasar.



Una caravana de luz.
Foto: Fernando Medina



A pesar de la lluvia y la noche,
el pueblo no abandonó el borde de la carretera.
Foto: Fernando Medina

La cámara desde el camión, donde gran parte de los caravanistas también viajan mojados, graba un camino oscuro en el que lo único que se ve son las luces de los autos.

Para iluminar la urna, el carro que va detrás despliega la luz larga; pero ni aun así las personas distinguen con precisión dónde realmente viaja Fidel. «Yo escuchaba que decían: “¡Va ahí! ¡Va ahí!”» Lo mismo indicaban el camión de la prensa que otros vehículos», rememora el teniente coronel José Luis Peraza.

Entre La Vallita y la entrada a Camagüey, hay niños con su uniforme escolar mojado que gritan a viva voz ¡Yo soy Fidel! mientras solo ven las luces de los vehículos. Frente a esa imagen de pioneros que prefieren mojarse antes de no ver al Comandante, Peraza le dice a sus ayudantes: «Ya no podemos esperar más. La gente tiene que ver esto». Primero los cuatro saludan sentados, pero siguen sin distinguirlo en las proximidades de la ciudad. Entonces se ponen de pie, y ya todos diferencian al yipi que conduce el armón de los demás autos.

«¡Mira, ahí va Fidel!», comienzan a decir. Y Peraza le indica a sus muchachos: «Acomódense, que tenemos que seguir parados». Así pasan por San Blas, y cuando quedan alrededor de veinte minutos para llegar a la ciudad, cesa el aguacero que por media hora bautizó la caravana. Pero aún de pie y saludando entran los militares a Camagüey, la tercera urbe, luego de Cienfuegos y Santa Clara, a la que arriban de noche.

Faltan quince minutos para las 7:00. La ciudad espera al Comandante con la carretera humedecida pero sin lluvia. «¡Yo soy Fidel!» «¡Viva Fidel!» «¡Se oye, se siente, Fidel está presente!», grita una hilera de estudiantes con uniforme de secundaria.

La Avenida de la Libertad, con miles de agramontinos, algunos sobre árboles y techos de paradas de ómnibus, ven pasar al líder. Muchos enfermos del Hospital Provincial Docente Manuel Ascunce Domenech han dejado sus camas y, desde las ventanas, a unos ciento cincuenta metros de la ancha vía, contemplan el cortejo; como también, de blanco, los estudiantes de la Universidad de Ciencias Médicas Carlos J. Finlay.

Un niño de unos cinco años, desde los hombros del papá, con el brazo estirado señala el armón. Es un mar de pueblo agitado entre luces de celulares y banderas.

Toma el cortejo la calle Javier de la Vega y atraviesa las palmas que conducen a la Plaza de la Revolución Mayor General Ignacio



Fidel entre el pueblo.
Foto: Fernando Medina

Agramonte Loynaz, y allí, ante la gente triste, cuando el reloj marca las 7:10, se detienen los autos.

Los cuatro militares encargados levantan la cúpula que protegió el cofre de la lluvia. La escolta de honor, en firme, junto a los camagüeyanos, contempla cómo, marchando, llegan Peraza y Alexei hasta el armón. Una vez, uno a cada lado, giran, cierran el pie y ya de frente a la urna, lo saludan. Corren el cofre por la carriña hasta el borde, zafan las correas, sujetan las agarraderas y lo suben a sus hombros.

Donde se han reunido miles y solo se escucha el sonido del paso de revista, los dos hombres de verde lo llevan hasta el Salón Jimaguayú de la plaza Ignacio Agramonte. Con la marcialidad que requiere el momento colocan el cofre sobre un pedestal de madera negra, arreglan la bandera que lo cubre y dejan al Comandante donde descansará esta noche. Es el reencuentro de Fidel con la historia del siglo XIX.

Él reposa y el pueblo está en vigilia. Miles llenan la plaza en la madrugada. Se escuchan canciones de la Nueva Trova; el poema *Canto a Fidel*, de Ernesto Che Guevara; los pasos suaves de los bailarines del Ballet de Camagüey, el Ballet Folklórico, Camagua

y Endedans, y en la voz de Sara González la canción *Su nombre es pueblo*.

Surgen anécdotas de los que alguna vez le estrecharon la mano y otras de quienes lo hicieron desde el corazón. Muchos grupos de jóvenes se reúnen alrededor de velas. Y la letra F, con ocho luces de cera, se ilumina en el suelo.

Duerme Fidel en estas tierras donde más de cien años atrás se escuchara tantas veces el clarín de la caballería mambisa liderada por Agramonte, abogado como él que también lo dejó todo por el sueño de una Cuba Libre.



Los militares Peraza y Leal acomodan el cofre sobre el pedestal.

Foto: Roberto Chile

«Padre, mi familia te agradece»

Camagüey despierta con el Gigante en su territorio. Es 2 de diciembre. Este mismo día, hace sesenta años, él llegó a Cuba por Los Cayuelos con un puñado de soñadores.

Cuba entera piensa en esas coincidencias de la historia y de la vida. Poco después de las 6:00 de la mañana, los autos del cortejo fúnebre entran a la plaza. Autoridades de la provincia, camarógrafos, fotógrafos y periodistas ocupan sus posiciones. El pueblo, desde hace horas cubre cada pedazo de la carretera.

Integran la escolta de honor que irá hasta Bayamo el general de división Rafael Hernández Delgado, jefe del Ejército Oriental; el general de división de la reserva Antonio Enrique Lussón Batlle, Héroe de la República de Cuba; y el general de división Romárico Sotomayor García, jefe de la Dirección Política del Minint y Héroe de la República de Cuba.

José Luis Peraza y Alexei Hernández Leal, con el cofre de cedro sobre sus hombros, se trasladan desde el Salón Jimaguayú hasta el armón, lo colocan sobre la carriña, le ponen las correas y encima el cristal.



Comienza el tercer día de viaje.
Foto: Fernando Medina



A la salida de la plaza Ignacio Agramonte.
Foto: Roberto Chile

Así inicia su tercer día de viaje. Sale de la plaza. Durante unos minutos los cuatro oficiales del yipi que conduce el armón, sentados, saludan mientras pasan frente a policías, militares, aduaneros y los primeros ciudadanos que lo ven.

Avanza otra vez por la Avenida de la Libertad y toma la calle Cuba hasta la salida rumbo a Las Tunas. Durante el trayecto otra multitud aguarda; muchos corren a su lado, otros graban, gritan: «¡Viva Fidel!»

Tras los barrotes de una ventana muy cerca de la calle, han colgado una bandera cubana, bajo las franjas y la estrella, un hombre mira con tristeza el cortejo. La Plaza de la Caridad lo recibe con muchas enseñas y las notas del himno nacional. La música sale de unas bocinas, pero las voces no son grabadas, el coro a viva voz de la gente es el que se oye.

Desde este sitio el Comandante le habló al pueblo en 1959. «Se siente uno intimidado cuando se tiene que parar delante de una muchedumbre tan gigantesca como la de esta noche». Así dijo aquel domingo 4 de enero ante miles de camagüeyanos que se reunieron por la misma razón de hoy: verlo.



El saludo respetuoso del pueblo.
Foto: Fernando Medina

Recordó en su discurso los atropellos que sufrieron los cubanos durante la dictadura recién derrotada de Fulgencio Batista.

Yo no sé cuántos cubanos han vivido estos siete años sin haber recibido un golpe, un empujón, una bofetada, un culatazo, un insulto; qué cubano no ha perdido un ser querido o un amigo vilmente asesinado; qué cubano no guarda luto en su ropa o en su corazón [...]

La guerra se acabó ayer y ya estamos trabajando, trabajando más que cuando no había paz; la paz para nosotros es trabajo triplicado, es lucha triplicada. Y estaremos luchando, mientras nos quede una gota de energía estaremos en pie y no descansaremos y no dormiremos [...]

Esa noche, durante su conversación con periodistas cubanos y extranjeros, defendió el derecho del pueblo a estar informado y el deber de los reporteros de ser veraces. Al otro día, 5 de enero, todavía en Camagüey, declaró por terminada la huelga general que él mismo había convocado el 1.º de enero desde Palma Soriano. Reunido dentro de un avión en la pista del aeropuerto con Ernesto

Guevara, quien le informó de las complejidades políticas de La Habana por esos días, planificaron el paso de la caravana hacia occidente.

Sobre el Comandante y los camagüeyanos aquel primer domingo del 59, el capitán de la Columna No. 1 José Martí, Juan Nuiry Sánchez, contaba: «Fidel iba en un tanque y se bajó para hablar con el pueblo. Las mujeres vestían sayas negras y blusas rojas, los colores del 26 de Julio, y en las calles no se podía dar un paso; era imposible calcular la cantidad de personas que estaban presentes».

Luego de numerosas lunas y victorias, son otras las generaciones; pero sigue él por las calles agramontinas, e igual que ayer, cuando entró de noche a la ciudad, desde azoteas y aceras lo saluda su pueblo. Obreros, niños, estudiantes, amas de casa y muchos civiles y militares en firme, lo despiden hasta la salida de la urbe. Ya atraviesa llanuras y potreros, y avanza por las cercanías de Jimaguayú.



Los jóvenes honran al Comandante.

Foto: Abel Rojas

Frente a una casa cercana a la vía, un anciano y su hijo contemplan el cofre. Ya en Sibanicú todos lo esperan. «¡Yo soy Fidel! ¡Yo soy Fidel!», le gritan al verlo.

A la entrada de Cascorro, en una zona despoblada, un hombre solo, sobre su caballo, alza una pequeña bandera cubana. Después de algunos kilómetros, otros exclaman: «¡Se oye, se siente, Fidel está presente!»

«¡Comandante, usted no va a morir jamás!», grita una mujer desde la acera cuando lo tiene enfrente. Por momentos hay silencio, y luego otra vez la frase «¡Yo soy Fidel! ¡Yo soy Fidel!» en los labios de muchos.

Ancianos en sillas de ruedas llegan hasta la orilla de la calle, hombres con el sombrero en el pecho, con niños en los brazos, jóvenes que sostienen carteles; y el sentir de ese pueblo se lee con letras blancas sobre un muro de cemento: «Fidel, siempre estaremos junto a ti y te recordaremos por siempre. ¡Vivan Fidel y Raúl!»

Frente al Instituto Preuniversitario Roberto Coco Peredo, a la salida del pueblo, en medio de sus alumnos, el profesor Ricardo Salazar Crespo, de sesentainueve años, espera. Él conoció al Comandante el 19 de julio de 1990 durante un congreso en La Habana.

«¿Tú fuiste el que me dijiste que eras de Cascorro?», cuenta Ricardo que le preguntó Fidel. Y él respondió: «Sí, de donde son las cremitas de leche». Allí le pidió que le escribiera algo para su pueblo en el reverso de la tarjeta de invitación. Caminando, el líder le escribió: «Para Cascorro, muy heroico en nuestras guerras de independencia».

Con esos recuerdos y un pedazo de su herencia mambisa, lo ve pasar y sujeta una enseña diferente a las demás. Es la del comandante Nazario Arteaga García, miembro de la escolta del General en Jefe Máximo Gómez quien, al regresar de la Guerra del 95, solo trajo tres recompensas: su revólver, un burro y esa bandera. Con su tela centenaria y arrugada, hoy despide a otro Comandante que, como aquel que la trajera a esta tierra hace más de un siglo, peleó también por la libertad.

Cuando el cortejo deja atrás las casas y encuentra potreros de nuevo, un campesino desde su caballo coloca su sombrero blanco a la altura del pecho y contempla con mucho respeto el cofre entre flores. Hasta en esta zona donde no se divisan hogares han venido personas, sobre todo campesinos con su ropa de trabajo. Uno de ellos sostiene nuestra bandera que se agita rebelde por el viento.



El agradecimiento de los países amigos al Comandante.
Foto: Juvenal Balán

La multitud que recibe a Fidel en Guáimaro, el mismo lugar donde en 1869 se reunieron en asamblea para constituir una República en Armas, definir mandos y señalar caminos Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte y otros jefes de la naciente guerra, hoy aclama a un líder que nacería cincuentaisiete años después.

Al techo de una casa ha subido un hombre, carga en su brazo izquierdo a un pequeño de dos años quizás, y con el derecho saluda militarmente a Fidel. «¡Un pueblo unido jamás será vencido!», gritan otros, a la vez que alzan sus fotografías, agitan banderas y las voces se unen para decirle: «¡Se oye, se siente, Fidel está presente!» o «¡Fidel, gigante, eterno Comandante!»

«Gracias, Dalia, por cuidar a Fidel. Hasta siempre», está escrito con letras blancas en la teja carmelita de una casa de principios del siglo pasado. Desde su azotea, seis mujeres y cinco hombres observan. Ese es el sentir de muchos, agradecimiento hacia la esposa que, desde hace años, con el silencio como prueba de amor, estuvo a su lado.

Transita el Comandante por las calles de Guáimaro. Un anciano de pelo y guayabera blancos lo saluda y es su gesto el de los soldados más fieles. Hombres sobre bicicletas, con sus niños, también rinden tributo a quien tanto hizo por Cuba.



Cuba le habla a Fidel.
Foto: Fernando Medina



Los monteros también acompañaron el cortejo.
Foto: Juvenal Balán

«Fidel, viviremos, lucharemos y moriremos por tus ideales. Te amaremos para siempre. Hasta la eternidad», han escrito con letras negras sobre una sábana blanca a la orilla de la carretera. Tal vez el autor del improvisado cartel es el hombre que, junto a la tela, carga una niña de meses, o el campesino con el sombrero en el pecho que está solo a unos metros.

«Viva Fidel», se lee en letras rojas desde un cartón que sostienen las manos menudas de un niño que aún no debe ir a la escuela. Él lo ve todo, se ha vuelto grande sobre los hombros de su papá, mientras pasa el Comandante, los ojos se le abren como planetas.

Desde el camino de su casa, distante de la vía, camina una señora triste y llega justo en tiempo para decir adiós. Al galope de su caballo, por la orilla de la cerca, un montero lo acompaña alrededor de doscientos metros.

En esos campos, cuando casi Fidel abandona Camagüey, un campesino de unos setenta años, al borde de la carretera, solo, frente a su casa de madera, alza un cartel que lo supera en tamaño: «Padre, mi familia te agradece».



Palomas sobre Fidel

Mientras el cortejo fúnebre pasa frente a ella, grita «¡Viva Fidel, Viva, Viva!» Es una de los miles de tuneros de los ocho municipios de la provincia que, desde muy temprano, cubren los más de sesentaicinco kilómetros de Carretera Central que se extienden desde la comunidad de El Yunque hasta Loma Alta.

Son las 11:24 de la mañana y a las puertas del territorio, aunque faltan aún treinta kilómetros para llegar a la urbe, militares en firme saludan. Al Comandante lo ven pasar mujeres con niños en brazos, campesinos, trabajadores y, en medio de la multitud que lo llama, una voz que quiere gritar su nombre más alto, se quiebra.

La Carretera Central acoge a los habitantes de los municipios de Amancio, Jobabo, Colombia y los de las comunidades de Jobabito y La Anacahuita, pues todos quieren que Fidel siga a Santiago, pero luego de recibir su homenaje sencillo al borde de los caminos.

Pasados siete minutos, el poblado La Guanábana ve asomar la caravana con sus banderas cubanas, del Movimiento 26 de Julio, fotografías del líder y la admiración del pueblo que no quiere perderlo.



Con palomas recibió Las Tunas al Comandante.
Foto: Fernando Medina



Alas sobre Fidel.
Foto: Roberto Chile

Arriba el cortejo a la comunidad de Bejuco, situada a diecinueve kilómetros al oeste de la ciudad de Las Tunas. Yariguá, La Caldosa y el reparto La Victoria en las proximidades de la urbe, lo despiden con respeto y gratitud.

Hay banderas a media asta en los brazos de muchos y, a la entrada del Cornito, los hijos del Cucalambé, el poeta del siglo XIX que tantos versos escribiera a esta tierra, lo reciben con un abrazo de pueblo.

Pasado el mediodía entran los vehículos a la ciudad por la Avenida Mayor General Vicente García. Otra vez palomas sueltas y tuneros con sus fotos en el pecho. A lo largo de la calle las manos se alzan para mostrar sus imágenes junto al mejor amigo de Cuba, Hugo Chávez, o al lado de Raúl... otras hablan de un Fidel joven y vigoroso.

Mucha gente llena los lados de la calle, graban con los teléfonos móviles, levantan a los niños para que puedan ver bien el cofre de cedro que atesora al hombre que luego de bajar de la Sierra nunca se afeitó la barba porque sabía que era un símbolo para su pueblo. Hay instantes de silencio y minutos llenos de gritos: «¡Fidel, gigante, eterno Comandante!» o «¡Yo soy Fidel! ¡Yo soy Fidel!»



Fidel entre los tuneros.
Foto: Fernando Medina



Todos buscan un lugar para ver al líder.
Foto: Roberto Chile



El corazón de Las Tunas.
Foto: Abel Rojas



A la salida de la ciudad tunera.
Foto: Roberto Chile

Numerosos brazos sostienen una bandera cubana enorme. «Hasta Siempre, Comandante», le han escrito con piedras blancas en el suelo.

Sobre el techo de las casas o paradas de ómnibus hay personas. En las manos de una maestra rodeada de pioneros, un yate *Granma* de papel recuerda que un día como hoy, 2 de diciembre, Fidel desembarcó por el sur oriental de la Isla.

Mientras avanza la caravana las notas del himno nacional salen de cientos de gargantas. Frente a una carpa blanca prevista para auxiliar a quien en medio de la emoción lo necesite, tres doctoras sobre sillas dicen adiós.

En 1959 algunos tuneros agitaron sus brazos para saludarlo y coreaban su nombre. «Aquella vez —rememora el rebelde Omar Fernández—, aquí se abastecieron de combustible los vehículos y comieron los combatientes. Celia Sánchez mandó a los del 26 en esa zona a hacer emparedados y nos los repartieron. Recuerdo que a mí me dieron un cartucho con dulces y pan con jamón y queso.

»Fidel, con algunos de los muchachos, esa madrugada estuvo en una cafetería. Allí comió algo, ordenó que hicieran una lista con todo lo consumido y pagaran al momento. Así fue, esa era una



Juramento.
Foto: Roberto Chile

orden que teníamos todos desde la Sierra. Uno podía comprar un refresco o cualquier alimento, pero había que pagarlo».

Ahora pasa el Comandante y la gente se queda con el recuerdo de haberlo visto en su último viaje por Cuba. Hace cincuenta y siete años, cuando recorrió la Isla con sus barbudos victoriosos, «en todos los lugares el pueblo les pedía a los guerrilleros un recuerdo: una bala, un brazalete... Decían: “Deme esto, deme aquello”».

Así cuenta Omar y recuerda, además, que casi todos los combatientes tenían un collar con la Virgen de la Caridad, regalo de las campesinas bayamesas durante los meses de la guerra. «Y eso siempre nos lo pedían; muchos lo obsequiaron. El pueblo quería cualquier cosa que le recordara después ese día.



Adiós en lo alto.
Foto: Roberto Chile

»En numerosos sitios las muchachas nos esperaban con sayas y blusas rojas y negras, los colores del 26. Y se nos lanzaban para besarnos las mejillas como agradecimiento y prueba del cariño que le tenían a la Revolución. Eso no fue mentira, las muchachas y hasta los hombres nos besaban».

Hoy han llegado al borde de la vía vestidas de negro; voces de mujeres, hombres y niños se unen y exclaman: «¡Yo soy Fidel! ¡Yo soy Fidel!», en un coro que parece no terminar jamás. Crece la multitud bajo los portales del centro de la ciudad, cercanos a la Iglesia Católica donde las plantas de tunas, símbolo que da nombre a la región, separan, por muy pocos metros, al pueblo del cortejo.

Frente a la estatua de José Martí, se oye: «¡Fidel, amigo, el pueblo está contigo!»; y bajo las palmas reales del parque, estudiantes universitarios, la mayoría con banderas cubanas, aclaman y observan el cortejo mientras surgen, desde audios, las notas del himno de Cuba.

Una señora vestida de luto y entre la muchedumbre, en firme salud. «¡Patria o Muerte!», grita alguien desde una acera. «¡Vencemos!», le responden cientos de voces.



Fidel continúa su último viaje por Cuba.
Foto: Roberto Chile

Durante veinticinco minutos los reporteros han narrado, fotografiado y grabado desde el camión toda la travesía por la ciudad. Ellos, seis mujeres y doce hombres entre los cuales solo cuatro eran militares: la teniente coronel Francy Espinosa González, fotógrafa; la capitana Sonia R. Pérez Sosa, periodista; la primer teniente Liset Cruz Estrada, y el suboficial Lázaro Marrero Correa, camarógrafo; han resistido horas de pie sin apenas comer o tomar agua, y bajo el sol y la lluvia muchas veces, pues la lona del techo cubría solo una parte.

Desde aquel pequeño espacio de muy pocos asientos, trabajaban día y noche. Concluir el recorrido de una jornada, no significaba para muchos descansar; tenían que escribir, editar para la televisión o enviar fotografías a agencias, sitios web y periódicos con el resumen de lo acontecido. A algunos así les sorprendía el otro amanecer y debían continuar.

Enormes enseñas cubanas y del 26 de Julio, junto a estudiantes de secundaria, politécnico, preuniversitario y Medicina, mucho pueblo, observan cómo el cortejo se aleja de la urbe tunera.

Cerca de la 1:30 de la tarde arriba al poblado de El Rincón, el cual limita con los municipios de Las Tunas y Majibacoa. Transita después por Calixto, Gastón, el pueblito Vivienda y Sabana Grande.

La caravana que se adentra en el oriente deja detrás Cañada Honda, última localidad de Majibacoa y de la provincia tunera. Sigue su paso lento dejando nudos en la garganta, tristeza en el alma, recuerdos eternos. Pero aún hay fuerza para agitar los brazos y con ellos las banderas, mientras los vehículos verde olivos, escoltas de un deseo y un pedazo de la historia, siguen su rumbo hasta donde sale el sol y nació la libertad de la Isla hace casi sesenta años.



Los agradecidos te acompañan

Las manecillas marcan las 2:13 de la tarde de este viernes 2 de diciembre, cuando, por el municipio Calixto García, limítrofe con Las Tunas, entra el cortejo fúnebre del Comandante en Jefe a la provincia de Holguín.

Aquí, bajo los cedros tranquilos de Birán y en una casona sobre horcones más altos que un hombre, nació hace noventa años. A su patria chica, la tierra a la que volviera luego de 1953 en cuarentainueve ocasiones y donde pronunciara su último discurso como presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, el 26 de julio de 2006, regresa el Gigante entre un bando de palomas y un pueblo en silencio.

Ahí va el tesoro verde olivo guardado en cedro y casi finalizando el viaje hacia la raíz. Ya ha recorrido más de ochocientos kilómetros desde que salió de La Habana hace tres días.

Falta poco para llegar a la ciudad capital y ocurren fallos en el sistema de alimentación de combustible del yipi que conduce el armón. En unos seis minutos es sustituido por el que maneja el sargento de tercera Eduardo D. Zamora Batista, que viaja a unos dos kilómetros detrás, en el grupo de



Fidel es uno solo.
Foto: Abel Rojas

reserva. En la carretera queda el averiado, mientras los mecánicos lo arreglan.

Continúa el trayecto y los autos ruedan suave, sintiendo quizás el peso de la historia que trasladan. La cúpula de cristal que protege el cofre está húmeda. «Hasta ella llora», dirían algunos. El teniente coronel José Luis Peraza explicaría después que la base del armón donde iba el cofre estaba cubierta por una alfombra, la cual se mojó con la lluvia de Camagüey. Ahora, al recibir la cúpula el calor del sol, el vapor de agua baña el cristal.

Aun así el cofre es visto por todos los que desde el amanecer lo esperan. Sobre una pequeña elevación cercana a la carretera, una hilera de hombres sobre caballos con banderas azules, blancas y rojas lo ve pasar. Otra vez los monteros, ejemplos de la tradición ganadera de la región, rinden tributo al líder. En lo alto de un edificio cuelga una bandera cubana enorme y hay dos holguineros que buscan verlo mejor.

Entre la multitud está un hombre que mucho le agradece a Fidel. Aroldo García, corresponsal de Radio Rebelde, a través de un celular le cuenta a Cuba por las ondas de la emisora: «El Comandante está



Las huellas de un Gigante.
Foto: Abel Rojas

llegando de nuevo a Holguín como aquel día que bajo la lluvia nos habló a los orientales que nos reunimos para condenar el bloqueo en esta plaza..., como aquel día que inauguró el hospital Lenin...

»Ahí viene Fidel. Y por él aquí están los agradecidos que encontraron trabajo en la Fábrica de Combinadas Cañeras que inauguró, y los del Combinado Héroes del 26 de Julio que también fundó, los que se graduaron hace cuarenta años en la Vocacional José Martí, los que trabajan en Moa, los deportistas con los que él se reunió.

»Eso fue lo que dije, no me salía otra cosa», contaría luego el periodista al que, por esos días que tuvo ingresada a su pequeña hija a causa del cáncer, Fidel llamó por teléfono. «Aroldo, te estoy llamando para decirte que tenemos todo lo que hace falta para salvar a tu hijita, y si no lo tuviéramos, lo íbamos a buscar; pero tu hijita se va a salvar».

Y esa historia la supo Lauren, que ya tiene quince años y está bien de salud, el día después de la muerte de Fidel, cuando su padre la sentó en sus piernas y le contó todo lo que hizo por ellos el hombre que recorre Cuba dentro de una cajita.

Por las afueras de la ciudad, frente al antiguo Regimiento Militar No. 7, desde donde trasmite Aroldo a Radio Rebelde y estuvo el líder en enero de 1959 con la Caravana de la Libertad, pasa su cortejo fúnebre. Esa fortaleza, la segunda más importante de la entonces Oriente, la madrugada de ese 3 de enero vio al jefe del Ejército Rebelde reunirse allí con pobladores y combatientes revolucionarios.

Recuerda el comandante Delio Gómez Ochoa que antes de entrar Fidel a Holguín había algunos masferreristas apostados en edificios de la ciudad y zonas cercanas que no se querían rendir. «Eso representaba un peligro para su paso; pero con el apoyo de hombres del Segundo Frente Oriental Frank País, entre ellos, Pepito Cusa, capturamos a los tigres de Masferrer.

»Otro de los desafíos en su camino a occidente fue el probable enfrentamiento con organizaciones armadas que habían combatido a Batista, como el Segundo Frente Nacional del Escambray, y tenían contradicciones con él, el movimiento revolucionario y el Ejército Rebelde», cuenta también el comandante Delio.

Junto a los retos militares en aquel viaje hasta la capital, decía el capitán rebelde Juan Nuiry Sánchez que Fidel fue también «librando batallas políticas en cada pueblo, desbaratando conspiraciones en su contra y concientizando a los cubanos en las razones de la lucha».

Cuando partió de Holguín lo que más preocupaba a jefes y combatientes era su vida. «Hasta personas que no combatieron con él en la Sierra se sumaron a su escolta y estaban dispuestos a ponerse delante de las balas para protegerlo», recuerda Gómez Ochoa.

En este territorio, a la columna victoriosa se sumó un grupo de guerrilleros del Segundo Frente, entre ellos el comandante Antonio Enrique Lussón Batlle, a quien el comandante Raúl Castro encomendó la seguridad de Fidel. Lussón, con grados de general de división, desde el asiento trasero del yipi donde viaja la escolta de honor, acompaña otra vez a su jefe.

Ocurre entonces una parada técnica de unos quince minutos en la carretera donde se abastecen los autos de combustible, meriendan los caravanistas, se limpian los vehículos y la urna de cristal.



Quien siembra amor recoge pueblo.
Foto: Abel Rojas



El hijo de Birán.
Foto: Abel Rojas

Sobre las 5:00 de la tarde, mientras se oculta el sol que ha ofrecido un día de calor intenso, el cortejo bordea la Ciudad de los Parques y avanza rumbo a Bayamo. «¡Yo soy Fidel! ¡Yo soy Fidel!», corean dos gruesas hileras que le custodian el paso.

Policías y militares saludan. Los holguineros no quieren que se vaya y corren tras la caravana. En un lugar de muchos árboles frondosos la multitud apenas deja pasar los yipis y, detrás, una gran manifestación de pueblo va ocupando las calles. Sobre azoteas de casas o edificios, muros, escaleras y hasta en las rejjas de las ventanas se han subido para grabar mejor el momento.

Los jóvenes corren bordeando el cortejo y, en sus celulares, la imagen del cofre y la cúpula de cristal quedan guardadas. «Fidel, los agradecidos te acompañan», se lee en un cartón con letras azules y el grado de comandante en el extremo derecho. Lo sostiene una mujer y hace referencia a la canción de Raúl Torres que, por estos días, se ha convertido en himno del dolor de Cuba por la muerte de Fidel.

Con sus manos temblorosas, una anciana vestida de negro se cubre los labios al pasar la caravana, y un niño, sentado en el techo



Como en varios momentos de la historia, también las palomas acompañan a Fidel.
Foto: Roberto Chile

de un bicitaxi, levanta un papel grande donde se lee con su letra casi recién estrenada: ¡Patria o Muerte!

Desde un techo una familia sujeta una jaula verde. Cuando tienen el cortejo delante, la abren y llena el aire un puñado de palomas que cruzan sobre los carros. Los niños, sentados en el cuello de sus padres o de pie sobre sus hombros, se asombran al ver elevarse un montón de alas sobre el guerrillero.

Un anciano con esfuerzo levanta un cartel azul con letras rojas: «Fidel tú no estás muerto, vives en mi corazón. Venceremos, Comandante». Un padre, con su brazo izquierdo sostiene a un pequeño de meses y, con el derecho, la frase: «Fidel, mi familia te agradece».

El pueblo está en la calle llenando portales y aceras. El helicóptero, donde también van cámaras fotográficas y de televisión, sobrevuela la ciudad.

Con fotos del líder, banderas del Movimiento 26 de Julio, el cariño de sus hijos y un coro infinito de ¡Yo soy Fidel!, ¡Holguín es Fidel! ¡Se oye, se siente, Fidel está presente! y ¡Fidel, amigo, el pueblo está contigo! despide la ciudad a quien vio crecer durante sus primeros años de vida.

Avanza el cortejo con las últimas luces del día por los campos holguineros en busca de la frontera con la provincia de Granma.



Mar de cubanos.
Foto: Fernando Medina



El pueblo corre tras el cortejo.
Foto: Fernando Medina

Está anocheciendo cuando deja detrás las tierras de Cacocum. En esa zona rural, casi despoblada, hay seis campesinos al pie de un camino, en silencio, con las manos detrás del cuerpo en señal de respeto.

Asombra al coronel Feijóo tantas banderas cubanas. Diría después: «Fue el municipio que más enseñas de diferentes tamaños mostró». En esa región han esperado por horas, a veces dos, tres, y en ocasiones una sola persona. Es la imagen que evoca un obrero que, mientras tiene el yipi delante, arruga la frente porque todavía no cree que Fidel vaya dentro de un cofre de cedro.

Luego vuelve el cordón nutrido a escoltar la caravana. «¡Fidel, gigante, eterno Comandante!», le gritan y alzan fotos suyas o grandes banderas cubanas. Un pequeño, desde los hombros de su papá, observa los carros con militares que llevan una cajita rodeada de flores blancas. Pasarán los años y ese niño, como muchos que han mirado el cortejo, contará a sus nietos de este día.



En las manos del pueblo.
Foto: Fernando Medina



El Hasta siempre de Holguín.
Foto: Fernando Medina

En el Guayabo, pueblo que limita con Cauto Cristo, en Granma, entre los cientos que despiden y aclaman, se escucha: «¡Viva Fidel!» Es el grito de una señora y su voz rajada entristece a la noche. Arriba, la clara silueta de la luna en cuarto menguante señala la ruta hasta Bayamo.



No hay un solo altar sin una luz por ti

Se gastan las cinco horas finales de este 2 de diciembre. Como aquella vez del año 1956, Fidel llega a la tierra que, con el nacimiento de la Revolución, tomó el nombre del yate que lo trajo desde México. Es esta la tercera noche del viaje hacia Santiago de Cuba y, con sus fríos y penumbras, igual que las pasadas desde el 25 de noviembre, será también de insomnio y gratitud.

Los cubanos están en vela por el hombre que los enseñó a soñar y hacer realidad las utopías en el camino hacia ellas. Por eso, el borde de la Carretera Central, en los sesentainueve kilómetros que comienza a recorrer el cortejo fúnebre por la provincia de Granma, está iluminado por los celulares, las voces y el cariño de miles.

Cauto Cristo recibe al jefe de los guerrilleros cerca de las 7:00. Sin temor a lloviznas ni oscuridades, sus niños, ancianos, obreros, estudiantes, amas de casa y jóvenes, con banderas repiten «¡Yo soy Fidel!» Cruza la caravana el puente de hierro alumbrado sobre el río Cauto y sigue rumbo al municipio con el nombre de ese cauce.

Solamente se ven los focos prendidos de los yipis y, a sus dos lados, se sabe de la presencia de mucha gente por sus voces, las cuales saludan y acompañan al Comandante.



Cruzando sobre el río Cauto.
Foto: Roberto Chile

Así, exactamente a las 8:00, recibe Bayamo a Fidel con un pueblo que entona las notas del himno que entregara Perucho Figueredo desde su caballo a los pobladores y el 20 de octubre de 1868 se cantara por vez primera en esa villa oriental.

El número de personas también se adivina por la cantidad de luces que mueven y describen el camino. Irradia Bayamo y no es por la llama que incendió las casas el 12 de enero de 1869, el fuego es otro. Bayamo esta noche se enciende de cariño, agradecimiento y respeto.

Muchas fotos con su imagen, carteles, banderas cubanas y del 26 de Julio, y más de un corazón enorme hecho con flores blancas o rojas se alzan en las manos de algunos. «¡Yo soy Fidel! ¡Yo soy Fidel!», le gritan desde balcones, techos o aceras, y corean su nombre; y la frase de «Hasta siempre» seguida de su grado de comandante dibujado en un cartel, levanta una anciana.

Entre la multitud, la bandera de Carlos Manuel de Céspedes se estremece en el mástil de dos brazos y siente: «¡Fidel, amigo, el pueblo está contigo!»

De esta tierra es el capitán del Ejército Rebelde Felipe Guerra Matos, el hombre que junto a Celia Sánchez y Frank País llevó

a la Sierra a grupos de revolucionarios clandestinos de Santiago para apoyar a la guerrilla en los primeros meses de la lucha en las montañas; y quien estuvo al lado del líder en la caravana de 1959.

Casi cincuentaiocho años después, afirma que el Comandante era inmenso. «Veía más allá de las fronteras. Cuando hablo de él siempre recuerdo una lección de la escuela: el horizonte no es más que la línea curva donde nos parece que se une el cielo con la tierra; pues Fidel veía más allá de esa línea.

»Su imagen deslumbraba. Era un gran lector; no había un libro que llegara a la Sierra que no lo leyera, hasta el *Nuevo Testamento* que mi mamá me echó en la mochila. Enérgico, inteligente, muy intranquilo, incansable; no tenía comparación con nada. Era más que un genio militar, era un genio en todo.

»En aquellos días de enero todos lo saludaban, querían que estuviera junto a ellos. Él se bajaba y hablaba con el pueblo; pero, imagínate tú, el viaje no podía detenerse. No olvidaremos jamás aquella alegría, aquel desbordamiento de gente», comenta Guerra Matos.

Por la calle Zenea y otras avanza la caravana y llega al Centro Histórico. Pasa por la Iglesia Católica y entra al parque de Bayamo,



El centro de la ciudad bayamesa.
Foto: Roberto Chile

cuna de la nacionalidad cubana. Allí, el reloj digital cercano a la casa natal de Carlos Manuel de Céspedes, con números rojos marca las 8:05 de la noche.

Mientras el cortejo da la vuelta a la antigua plaza de la villa de San Salvador, de blancas farolas y llena de niños, ancianos, hombres y mujeres que llaman a Fidel, se escuchan las notas del himno de Cuba. La música está alta, pero las voces la superan.

Está el Comandante frente al edificio donde la madrugada del 3 de enero de 1959 hablara al pueblo bayamés por los micrófonos de la emisora local Radio Bayamo, desde los balcones del antiguo Ayuntamiento, hoy sede del Poder Popular. Continúa la marcha y sale de nuevo el cortejo a la Carretera Central en busca del cuartel Carlos Manuel de Céspedes, ese que en 1953 asaltó un grupo de muchachos bajo sus órdenes.

Los muros amarillos y las torres que no pudieron ser tomadas aquel 26 de julio reciben las cenizas de Fidel. Ante sus puertas, ahora las del parque-museo con el nombre del asaltante Antonio López Fernández, Níco, Monumento Nacional, se detiene la caravana.



Ante el antiguo cuartel de Bayamo.
Foto: tomada de Internet



La historia sobre los hombros.
Foto: Fernando Medina

Bajan de los vehículos los generales. El teniente coronel Peraza y el sargento Alexei Hernández llegan marchando hasta el armón, retiran con los otros dos sargentos la cúpula de cristal, saludan y comienza el himno nacional. De frente al cofre y con el guante blanco en la sien, honran al canto, a Cuba y a Fidel.

Terminadas las notas, los oficiales corren el cofre por la carriña hasta el borde del armón, zafan las correas oscuras, lo toman por las agarraderas y lo suben a sus hombros.

Con paso fúnebre llegan hasta el centro de la sala principal del cuartel, único lugar en la trayectoria de estos días que es un museo y vinculado a su historia. Colocan el cofre sobre un pedestal de mármol blanco con los grados de comandante grabados en rojo y negro y la estrella clara en el centro. Como aquel enero del 59, Fidel amanecerá en Bayamo.

La noche transcurre con una guardia de honor permanente hasta el alba. Uno de los más de cien jóvenes que la hicieron durante alrededor de quince minutos a la entrada del Museo Níco López es Alejandro Hidalgo Yero, un bayamés de veintiséis años, en esos momentos presidente de la FEU de la Universidad de Ciencias Médicas en Manzanillo, Granma.



Fidel descansa en Bayamo.
Foto: tomada de Internet

«Éramos cuatro muchachos con una bandera cubana cada uno, custodiando la foto de Fidel vestido de guerrillero y rodeada de flores. Varios cestos dispusieron alrededor de esa fotografía, y el pueblo fue hasta allí y le dejó más rosas y cartas», cuenta.

Mientras, en dos pantallas, todos pueden ver la urna en tiempo real, y el joven veinteañero que resguarda al Comandante piensa en cuánto su generación lo quiere.

«Ese día por la mañana, en el teatro de la universidad convocamos a los muchachos para ver quienes querían cubrir un tramo de la carretera entre Bayamo y Jiguaní. Teníamos posibilidades para llevar a doscientos en tren. La salida sería a la 1:00 de la madrugada, pero el teatro se llenó con más de ochocientos estudiantes. Todos querían ir.

»Tuve que pedir más capacidades y conseguí doscientas más. No obstante, ya en la terminal exigieron que pusieran otro vagón, los ayudaron y, a pesar de eso, un gran número se fue de pie. Cuando Fidel convoca, todos vamos a donde haga falta, y como sea».

Voces y danzas hacen la vigilia del pueblo en la Plaza de la Revolución de la ciudad, donde el líder pronunció su penúltimo

discurso público relacionado con las celebraciones del 26 de Julio en el año 2006, horas antes de enfermar. En ese momento dijo:

La Revolución no solo ha llevado a cabo una colosal obra social en Granma, tan querida por todos los que desembarcamos y los que luchamos casi dos años en las montañas de esta provincia de Cuba, hoy ganadora de la emulación nacional, como legítimo tributo a los que cayeron aquel 26 de julio de 1953 en el Moncada o en Bayamo, porque fueron Santiago y Bayamo los dos objetivos para iniciar aquella Revolución.

En esta provincia se libró el primer combate victorioso. Aquí fue derrotada la última ofensiva de la tiranía, aquí estuvo a punto de colapsar su aparato militar en el triángulo Santo Domingo-Las Mercedes-Arroyones, dentro del cauce del río Yara.

La marcha del 26 de Julio es interpretada por la Banda de Conciertos de Bayamo. También se escuchan canciones de Silvio Rodríguez; un poema de Jesús Orta Ruiz, el Indio Naborí; y en voz de Fidel un fragmento de la carta de despedida del Che y el concepto de Revolución.

Surge la canción *La Lupe*, del Comandante de la Revolución Juan Almeida Bosque; los acordes del Quinteto Rebelde, fundado en la Sierra por orden del Comandante; la voz de Chávez recordando a quien él definiera como un padre... Y en los últimos minutos, Raúl Torres, Eduardo Sosa, Annie Garcés y Luna Manzanares interpretan *Cabalgando con Fidel*, tema devenido himno de gratitud al líder.

[...] *Hoy el corazón nos late afuera
y tu pueblo aunque le duela
no te quiere despedir.
Hombre, los agradecidos te acompañan
cómo anhelaremos tus hazañas.
Ni la muerte cree que se apoderó de ti.
Hombre, aprendimos a saberte eterno
así como a Olofi y Jesucristo.
No hay un solo altar sin una luz por ti [...]*

Hasta la cuna de su guerrilla

Dos coronas de rosas rojas, amarillas, orquídeas y azucenas «Al Comandante en Jefe, del Partido Comunista de Cuba» y «del pueblo de Granma» junto al busto de Níco López, miran cómo el hombre de las dos estrellas y el muchacho de veinticinco años marchan con el cofre.

Son las 7:00 de la mañana del 3 de diciembre e inicia el último tramo del viaje hasta Santiago de Cuba. Con brazaletes negros en el brazo izquierdo y la mano derecha cubierta por un guante blanco en la sien, los tres generales de cuerpo de ejército que integran ahora la escolta de honor saludan al Comandante cuando, sobre los hombros de los dos militares, pasa frente a ellos. Son Leopoldo Cintra Frías, ministro de las FAR, y los viceministros Ramón Espinosa Martín y Joaquín Quintas Solá, los mismos que lo acompañaron desde La Habana hasta Matanzas vuelven a integrar el cortejo hasta el destino final.

Peraza y Hernández Leal llegan hasta el armón, acomodan el cofre, lo sujetan y colocan encima la cúpula de cristal. Se encienden los motores de los yipis, el del armón es otra vez conducido por el joven Rafael Batista Danger; y entre la niebla fina del amanecer comienza la marcha.



Los generales honran a Fidel.
Foto: Fernando Medina

El pueblo, como anoche, espera al Comandante en las calles para despedirse. El grito de «¡Viva Fidel!» por un momento rompe el silencio. Los militares saludan, la gente mira desde los balcones y el cortejo, que ya salió del cuartel, toma la Carretera Central y pasa frente al Hospedaje Gran Casino, donde se alojaron los revolucionarios la noche antes del asalto al cuartel de Bayamo.

Bajo los árboles de la Central están los bayameses. Para que nunca lo olvide, le gritan de nuevo «¡Yo soy Fidel!» Y se acercan más con la intención de grabarlo todo.

Por estas mismas calles pasó la Caravana de la Libertad. Entonces, aquí no solo la integraban los rebeldes de la Columna No. 1 José Martí, pues se le habían unido combatientes de otros frentes guerrilleros, incluso soldados batistianos. Recuerda el comandante Delio Gómez Ochoa que «no había casquitos, solo técnicos y operadores de tanques que nos eran útiles en el trayecto. Y también hombres de las filas de Rego Rubido, el coronel que había entregado Santiago».

Aunque Batista ya no estaba en Cuba, en esos días iniciales era posible una intervención norteamericana. «Yo le dije a Fidel: “Usted no sabe si los norteamericanos van a permitir esto”. Y él me respondió: “Tú tienes razón”. Por eso traían armas, tanques y morteros; por si era necesario usarlos en La Habana», cuenta Delio.

En una nube de recuerdos, atrás queda la ciudad bayamesa. En la carretera sigue una hilera de niños, hombres y mujeres.

Pasa la caravana por el entronque de Guisa, se acerca un poco más a las montañas de la Sierra Maestra, el lugar que vio caminar y combatir tantas veces a los rebeldes. Así comienza el cortejo a adentrarse en la historia de la guerrilla de Fidel.

Cautillo primero y luego Santa Rita, lugar liberado por él en 1958, lo reciben otra vez. Hasta allí han llegado personas de Charco Redondo, el pueblo de mineros al que fue antes del asalto al Moncada, buscando ayuda económica para la lucha y al cual volvió después en los tiempos de la guerra. En ese lugar aún están los hombres que lo apoyaron. Ellos o sus familiares saludan con respeto.

El cortejo bordea Jiguaní, y antes de llegar atraviesa los poteros donde murió en combate, en diciembre de 1958, el capitán Ignacio Pérez, hijo del comandante Crescencio. Por esos días Fidel tenía su jefatura cerca, en la Rinconada de Baire, donde la tuvo el general mambí Calixto García en el siglo XIX.



Jiguaní espera a Fidel.
Foto: Fernando Medina

Por eso, cuando supo de la muerte de Ignacio, junto a Raúl, Almeida y Vilma, fue en la madrugada a una casona frente al parque de Jiguaní, donde lo velaban, y le rindió tributo. Seguramente hoy los dos rebeldes, desde sus nichos en el cementerio de este pueblo, honran a su Comandante en Jefe.

A la entrada hay estudiantes de secundaria y preuniversitario y un hombre ondea la bandera cubana desde el portal de un segundo piso; un anciano alza una foto de Fidel con gorra verde olivo y, mientras pasa frente a ellos, una viejecita en su andador, pasito a pasito, se acerca a la carretera para verlo bien.

«Hasta Siempre Comandante» dicen varios carteles. Una mujer vestida de negro lleva con tristeza la mano a su pecho, a su lado, su esposo la abraza y con dolor miran los dos el cofre donde duerme Fidel.

Decenas de celulares graban el instante. De un edificio cuelgan cuatro banderas cubanas; una de ellas enorme junto a una imagen del líder. En los balcones las personas lo aclaman. Camilo y Che, desde fotos en brazos de muchos, lo honran.



Lágrimas.
Foto: Roberto Chile



El cortejo rumbo a Santiago.
Foto: Abel Rojas

Del recorrido de la Caravana de la Libertad por esas tierras el mediodía del 2 de enero, el comandante Juan Almeida Bosque recordaba: «Al paso por Jiguaní, la población corre hacia la vía. En Santa Rita hay un cordón humano a ambos lados. Fidel, desde el carro, habla con la gente en cada parada».

Hoy también han salido de sus casas y esta zona, teatro de operaciones de la Columna No. 1 José Martí en la Ofensiva Final de la guerra, se alza con banderas, carteles, gritos, y las frases de «¡Yo soy Fidel!» «¡Fidel, gigante, eterno Comandante!»

Y así, con el amor de su pueblo, antes de las 9:00 de la mañana se despide de la tierra granmense.



Muchas gracias, Santiago

Hace cuatro días inició el viaje hacia el oriente de la Isla. Ya faltan pocas horas para llegar a la cuna del sol. Esta mañana del 3 de diciembre está igual de triste que el cielo. Los cuentamillas de los diez vehículos de la caravana hablan de más de novecientos kilómetros recorridos.

Son casi las 9:00 y bajo el puente de hierro del ferrocarril que sirve de límite entre Granma y Santiago de Cuba pasa el cortejo fúnebre del Comandante.

Las calles del poblado de Baire, en el municipio Contramaestre, lo esperan, y otra vez llega Fidel aquí, donde le dan la bienvenida los hijos de la tierra valiente.

Los primeros son los estudiantes de la escuela militar Camilo Cienfuegos, quienes, saludando con su mano derecha sobre la frente, ven cómo vuela sobre la urna y los maizales más de un bando de palomas mensajeras.

Un cartel de cemento indica al visitante su llegada a este territorio; frente a él, dos jóvenes levantan una foto de Fidel. Detrás, dos banderas a media asta y, sobre paredes azules, blancas y rojas, la frase: «Santiago de Cuba, rebelde ayer, hospitalaria hoy y heroica siempre».



Tristeza.
Foto: Abel Rojas

A lo largo de la vía antes de entrar a Baire, el pueblito que en febrero de 1895 se levantara en armas contra el colonialismo español, están adolescentes y jóvenes, muchos de ellos alumnos de la enseñanza preuniversitaria que exhiben brazaletes rojos y negros como los que usaban Fidel y los integrantes del Movimiento 26 de Julio en los tiempos de la lucha clandestina y guerrillera.

Ya la vista alcanza las primeras elevaciones de la Sierra. El pueblo sigue ahí, al pie de la Carretera Central, donde hay también un cordón de estudiantes de Medicina. Una mujer sobre una piedra con su hijo de meses en los brazos dice adiós. Muy cerca, un niño con su uniforme de precolar tal vez piense en las veces que su corta edad le permitió ver a Fidel en la televisión y agita una pequeña bandera del 26 de Julio.

Estudiantes de las enseñanzas primaria, secundaria y técnica mueven las enseñas y corean: «¡Yo soy Fidel!» Oficiales de las FAR, con todo el respeto que inspira el saludo militar, lo honran mientras avanza.

En las casas de campo están los taburetes vacíos recostados a las tablas. Sus dueños han salido para verlo. Niños, desde los

hombros de sus abuelos o padres tratan de grabar en su memoria el momento.

Hay carretas haladas por tractores en los caminos cercanos. En ellas llegaron hasta aquí los campesinos de los bateyes entre las lomas. Los hijos del pueblo saludan con banderas, con sus gorras y sombreros, e igual lo hacen las madres con sus hijos pequeños, y otra vez se ven los uniformes rojos y blancos con pañoletas y a escucharse la voz de los pioneros aclamando a Fidel.

Los altos pinos de la carretera junto a miles de santiagueros reciben al líder en Baire. La imagen del general independentista Saturnino Lora, símbolo del alzamiento mambí en esta tierra, parece erguirse ante la caravana. Vuelven las huellas de la historia a sentir las botas del Comandante.

«¡Se oye, se siente, Fidel está presente!», gritan los bairenses. Muchos deben recordar aquel año de 1958, cuando las fuerzas guerrilleras tomaron su pueblo.

Las nubes no han dejado salir el sol, pero el agradecimiento de miles da luz; y los yipis mantienen las suyas encendidas. De nuevo el cortejo atraviesa zonas de cultivos donde hay pocas casas. Así avanza hasta que cruza el puente verde de hierro y llega a Contraмаestre.

Entre postes a la entrada de un camino cuelgan de un cordel dos banderas, una roja y negra donde se lee con letras blancas Héroes del Moncada y la de la estrella única. En medio de ellas, cartones con fotos de Fidel recortadas de periódicos y, muy cerca, una anciana vestida con bata de casa apura su paso octogenario para observar silenciosa el cortejo.

Igual lo hacen un señor que llega hasta una reja próxima a la calle y un campesino de unos sesenta años con su sombrero de guano en el pecho, mientras miles de cubanos gritan: «¡Yo soy Fidel!»

En el segundo piso de una vivienda está la imagen del guerrillero de la Sierra y una pancarta con el concepto de Revolución. Frente a los muros del puente de la línea del ferrocarril, donde está dibujado el rostro de los Cinco Héroes, a la salida de Contraмаestre, transita el Comandante. Y mientras pasa frente a la entrada del central América, el sol se deja ver en este cuarto día de viaje.

Un camino con dos hileras de palmas reales conduce a la casa de madera de puntal alto en la que a finales de diciembre de 1958 Fidel estableció la comandancia del Ejército Rebelde. Desde allí dirigió la toma de Palma Soriano, el avance de las tropas rebeldes

sobre Santiago y redactó, cuando supo que el general batistiano Eulogio Cantillo intentaba dar un golpe de Estado en la capital, el llamamiento a la huelga general.

El cortejo sigue su avance lento. Lejos, a la derecha de la carretera, están las montañas por las que caminaron y combatieron los rebeldes del Tercer Frente Mario Muñoz bajo las órdenes del comandante Juan Almeida Bosque. Aún más distantes, a la izquierda, las elevaciones en las que lucharon los guerrilleros del Segundo Frente Oriental Frank País comandados por Raúl Castro Ruz.

Mientras se acerca más a ellas, las dos sierras, la Maestra y la Cristal, honran al jefe de todos los frentes de lucha. A la orilla del camino un cartel avisa: «Por aquí cruzó el comandante Raúl Castro con sus hombres para crear el Segundo Frente Oriental...».

Eso ocurrió en marzo de 1958, cuando por orden de Fidel, su hermano salió de la comandancia de La Plata con su guerrilla hacia el norte de la otrora Oriente para crear otro bastión de combates contra la tiranía de Fulgencio Batista.

Hoy el pueblo vibra como si viera al Comandante en Jefe vivo. «¡Ahí viene Fidel!», dicen muchos cuando ya está próxima la caravana. «¡Ordene, Comandante!» llena el aire la voz de una mujer.



Rumbo a Palma Soriano.
Foto: Fernando Medina

A pocos kilómetros de la entrada a Palma Soriano, las ruinas de la casa de la finca El Tamarindo cuentan sobre el día en que vieron llegar a Fidel, Raúl y Almeida para planificar la toma de esa ciudad.

Muy cerca de allí el cortejo se detiene en la primera parada técnica del día, cuando faltan pocas horas para entrar a la urbe santiaguera.

Luego de unos quince minutos se reanuda la marcha y sigue su paso de veintitrés kilómetros por hora, el ritmo promedio que ha mantenido desde hace cuatro días.

Poco antes de las doce arriba a Palma. La voz de un niño se alza: «¡Yo soy Fidel!», y continúa la caravana por una zona de muchas montañas y pocos bateyes, de ahí que sean menos los cubanos a la orilla de la carretera.

Una familia pequeña, solitaria entre las elevaciones, levanta una bandera por el que ha muerto. Es tan grande el homenaje de quienes salen de sus casas de madera con una fotografía de Fidel en una mano y una bandera en la otra, como el que hacen miles de concentrados en las ciudades.

Por el poblado de Melgarejo, muy cerca del Santuario de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, va el Comandante. Sobre las piedras grandes que hay al borde del camino se han subido algunos para verlo mejor. Una butaca a la orilla de la carretera revela que algún familiar ha llevado a una anciana, pero a ella en este instante, no le pesan sus años y se levanta cuando mira el cofre de cedro que traslada las cenizas del líder cubano.

Vuelve el cielo a pintarse de gris. La lluvia se anuncia pero no cae. La caravana sube y baja lomas. Alguien sobre el camión donde viaja la prensa anuncia que falta poco para llegar a Santiago.

Hacia las alturas se aprecian casas de guano y techos de zinc en las laderas de las montañas. Sus moradores, guardianes de una historia, rinden honor a Fidel.

Los carros se detienen. Otra vez las manos del mayor Gilberto Luis O'Farrill limpian la cúpula de cristal humedecida. «Nunca estamos preparados para estas cosas. Pensábamos que el Comandante iba a ser eterno, que nosotros falleceríamos primero. Siempre lo veíamos tan fuerte, creímos que podía seguir acompañándonos muchos años más.

»Aún hablo y la voz se me quiebra. Lo que vimos desde que salimos de La Habana hasta Santiago fue un pueblo unido dando

amor a su líder. Durante el viaje no voy a decir que lloré como lo hice después, pero las lágrimas se me salieron varias veces. Hubo momentos muy duros. Nos tocó acompañarlo, pero estoy seguro de que cualquier cubano hubiese querido estar en el lugar de nosotros», comenta.

Luego de veinte minutos se reanuda la marcha. Pronto se ve la ciudad. A la orilla de la vía y sobre alturas cercanas miles de sus hijos esperan. Estudiantes de secundaria, hombres, mujeres y ancianos tienen brazaletes negros y rojos del 26 de Julio...

Un hombre viste de blanco desde la gorra hasta los zapatos, lleva en el cuello los collares de Oshún, Obbatalá, Elegguá y otros santos, lo mismo simbolizan sus pulsos; su mano izquierda levanta una bandera cubana, con la derecha sostiene un celular que graba el momento, y en la cara tiene la tristeza por la muerte del Gigante.

Así entra Fidel a la ciudad rebelde de Santiago de Cuba, donde estudió los primeros años de su vida.



A las puertas de Santiago.
Foto: Fernando Medina



Viva Fidel.
Foto: Juvenal Balán

«¡Yo soy Fidel! ¡Yo soy Fidel!», repiten y el coro toma aún más fuerza. El pueblo se multiplica cuando pasa el cortejo cerca de la Plaza de la Revolución Mayor General Antonio Maceo Grajales.

Entre los miles que agitan banderas, toman fotografías y levantan fotos del líder barbudo y Che Guevara, alguien eleva un cartel en el que se lee: «Fidel, Santiago te llora, te abraza, te ama. No te vas, tú estás aquí por siempre, Papá».

Gente en las aceras, sobre barandas, en los techos de las casas y en las cabinas de los camiones, algunas sombrillas por el sol que comienza a quemar y enseñas del 26 de Julio, el mismo movimiento que, liderado por el Comandante, se dio a conocer cuando atacó dos cuarteles aquí, en el oriente de la Isla.

Frente al hotel Rancho Club, hombres, mujeres y niños lo saludan y repiten su nombre. La caravana avanza y quienes van en ella por segundos escuchan versos del himno nacional cantados por la gente o palabras a él. A su paso las voces se pierden, pero el sentimiento perdura.

Santiago tiene el alma a media asta y la tristeza pesa en el aire. «¡Fidel, amigo, el pueblo está contigo!», le aseguran. Las calles se estrechan por tanto pueblo. Hay quien busca mejor posición sobre elevaciones cercanas a las avenidas. Desde allí, con las dos manos en alto, dicen adiós.



El respeto en los cubanos.
Foto: tomada de Internet



Fidel en el alma.
Foto: Juvenal Balán



Los niños lloran a Fidel.
Foto: tomada de Internet

«Sí, las ideas no se matan y tampoco mueren, ¡hasta la victoria siempre! Comandante en Jefe, ¡Ordene!», está escrito con tiza en un cartón carmelita que sujetan en una esquina llena de personas.

Hasta los bordes de la carretera, donde se acaba la tierra firme y comienza el precipicio, hay santiagueros. Desde cualquier sitio gritan: «¡Fidel!, ¡Fidel!, ¡Fidel!»

«¡Se oye, se siente, Fidel está presente!», es el coro de pioneros y estudiantes de las enseñanzas técnica y secundaria. Su nombre y su espíritu llenan las calles cercanas al centro de la ciudad, que humedecidas por una llovizna minutos antes de que entrara la caravana, sienten sobre ellas el paso del armón donde, con perfume de cedro y coraza de cristal, está Fidel.

Santiago recibe y despide. Banderas y fotografías del hombre por quien lloran cuelgan de los balcones. En los portales, techos de segundos pisos y en la calle está el pueblo. Hay jóvenes sobre los árboles de la avenida y, desde los hombros de su papá, una niña lo graba todo. «Yo soy Fidel», dice otro cartel que alza una pequeña de pañoleta azul, como para que el mundo entero lo lea.

En un techo, una familia sujeta una sábana donde han puesto con letras negras: «Querido Fidel, te decimos desde aquí ¡Hasta la Victoria Siempre!» En el extremo inferior derecho está dibujado su grado de comandante y, en el izquierdo, una foto suya recortada de algún periódico.

En la azotea del edificio 18 del distrito José Martí, el camarógrafo Norberto Almira, quien en tantos momentos estuvo junto al Comandante grabando sus frases, gestos y andares por Santiago, busca con su lente la cajita que abriga al Fidel interminable.

«Me puse nervioso. Él estaba pasando por las mismas calles que un día recorrimos. Sentía los gritos de la gente de abajo como si estuviesen al lado mío. Primero vi el helicóptero, luego el camión de la prensa y, cuando encuadré con la cámara el cofre, se me salió una lágrima que cayó en el cristal, empañó la imagen y casi no me dejaba ver. Pero acerté. Por última vez grabé su paso por aquí», dice.

«¡Fidel es Santiago, Santiago es Fidel!» se escucha mientras la caravana, con sus luces encendidas, recorre las arterias principales de la cuna de la Revolución. Por todos lados hay carteles con imágenes y sabias frases del Comandante. Las banderas no dejan de agitarse. Los niños con sus uniformes escolares han tomado las calles y quienes no han tenido tiempo para llegar a la orilla de las avenidas corren para no perderse el paso del cortejo.

Sobre un techo hay a veces más de cuarenta personas y las aceras no soportan uno más. Las mujeres, desde los balcones, agitan flores. Algunos gritan y otros miran casi sin poder creer que Santiago tiene a Fidel en el estrecho espacio de una urna.

Entra el cortejo al parque Céspedes, y parece que los ojos que podían quemar los espejuelos miran desde el balcón del Ayuntamiento donde anunciaron siendo jóvenes la victoria del Ejército Rebelde contra la dictadura de Batista la madrugada del 2 de enero de 1959. Allí se detiene la caravana.

La imagen y la voz de Fidel, desde un video en los balcones cercanos al hotel Casagrande, traen nostalgia mientras recuerdan aquel 1.º de enero de 1984 cuando el jefe barbudo le entregó a Santiago de Cuba el Título Honorífico de Ciudad Héroe de la República de Cuba y la Orden Antonio Maceo.

Tú nos acompañaste en los días más difíciles. Aquí tuvimos nuestro Moncada, nuestro 30 de Noviembre, nuestro Primero de Enero. A ti te honramos especialmente hoy y contigo a todo nuestro pueblo que esta noche se simboliza en ti.

Que siempre sean ejemplos de todos los cubanos tu heroísmo, tu patriotismo y tu espíritu revolucionario. Que siempre sea la consigna heroica de nuestro pueblo la que aquí aprendimos: ¡Patria o Muerte!

Que siempre nos espere lo que aquí conocimos aquel glorioso primero de enero: la victoria. Gracias, Santiago.

Junto al pueblo están Ramiro Valdés, Comandante de la Revolución que lo acompaña desde los días del Moncada; Esteban Lazo, presidente del Parlamento cubano; integrantes del Buró Político del Partido Comunista de Cuba; autoridades del territorio; los Cinco Héroes de la República: René González Schwerert, Gerardo Hernández Nordelo, Ramón Labañino Salazar, Antonio Guerrero Rodríguez y Fernando González Llort; y su hijo mayor Fidel Castro Díaz-Balart.

Las notas del Himno de Bayamo llenan el sitio. Y entre afirmaciones de «¡Se oye, se siente, Fidel está presente!» sigue la caravana por otros barrios santiagueros.

El rostro del hombre de las dos estrellas, quien viaja en el vehículo de ceremonia que conduce la urna rodeada de rosas blancas, está preocupado. El seguro del armón que sujetaba el cofre no estaba previsto para subir las pendientes santiagueras.



Parque Céspedes.
Foto: Abel Rojas



Santiago reunido por su Comandante.
Foto: Roberto Chile



Desconsuelo.
Foto: Roberto Chile

Rafael Batista, el joven chofer, multiplica las capacidades del carro. «¡Oye, esto sube!», cuenta Peraza que le dijo mientras hacía maravillas para ascender la empinada loma de Versailles.

Y subió. La caravana gira y coge por el barrio de Chicharrones en busca de la Plaza de Marte, en el centro de la ciudad, pero antes hay otra elevación. «Yo sabía que tocaba esa loma y antes de empezar a subir le dije a los muchachos: “Si el yipi se para o se va hacia atrás nos tiramos bajo las ruedas”, pero el cofre lo protegemos como sea».

Escucha entonces por el radio del auto la voz de Feijóo, el coronel que va al frente del cortejo: «¡Peraza, vamos otra vez para una pendiente!» «Feijóo, si el yipi se va hacia atrás, nosotros nos tiramos bajo las ruedas. Ustedes agarren el armón».

Y comienzan a subir. El carro donde viaja Feijóo viene detrás del armón, abre las puertas y se disponen a hacer lo necesario si el seguro no resistiera. El coronel, por la radio, le dice a Batista: «¡Estás faja’o, te veo en el combate! Estás cumpliendo».

Y el muchacho contesta: «No se preocupe que esto llega. Al Comandante no le va a pasar nada. ¡Todo por Fidel!» Cuentan que al

escuchar al joven en el puesto de mando se hizo un silencio total. Quien habló es uno de los tantos herederos que el Comandante deja.

Las manos sobre el timón siguen en la batalla. El motor tose y amenaza con detenerse. La bomba de gasolina ha arrastrado del fondo del tanque residuos que llegaron al carburador y provocaron los fallos, pues son vehículos nuevos que han estado guardados.

No obstante, el yipi llega al pico de la loma. Arriba, cuando se asienta el combustible, empeora. Con dificultad, pero como quien libra y gana otro combate casi al término de la contienda, el mismo carro que salió de La Habana y ha caminado 1125 kilómetros, entra a la Plaza de Marte.

El pueblo lo espera. Los autos bordean el lugar, nadie se cansa de repetir: «¡Yo soy Fidel! ¡Yo soy Fidel!» Se escuchan otra vez las notas gloriosas de nuestro himno. Continúa su recorrido el cofre de cedro bajo la cúpula de cristal humedecida. «¡Socialismo es Fidel!», le gritan desde la calle, donde los santiagueros lo escoltan.

Tras la breve parada, los fallos del vehículo aumentan y se apaga el motor llegando a la posta 3 del Moncada, justo por donde el joven Fidel planificó entrar el día del asalto en 1953, junto a un grupo de muchachos de la Generación del Centenario. «¡Cuba es Fidel!»,



Cuartel Moncada.
Foto: Roberto Chile

asegura un mar de pioneros en las aceras cercanas. Los niños dicen adiós. El respeto se respira.

El yipi logra encender, avanza un poco, pero cuando dobla y toma la Carretera Central para llegar a la Plaza de la Revolución Antonio Maceo, ya no responde y se detiene. La gente sigue aclamando a Fidel. Marcialmente se bajan los cuatro militares del carro que conduce el armón y empujan. «¡Qué viva Fidel!», exclama una voz; y de entre la multitud un ¡Vivaaa...! intenso. Entonces el auto rueda loma abajo hasta la plaza.

Los militares que siempre lo han acompañado más de cerca realizan la misma ceremonia para bajar el cofre del yipi y marchando llegan hasta el Salón de los Vitrales donde lo colocan sobre un pedestal. Igual que en las lunas pasadas, varios soldados protegen la urna mientras el líder descansa.

Esta noche, los pasos y las voces de guantanameros, santiagueros, granmenses, tuneros y holguineros llenan la plaza Antonio Maceo. Todos están aquí por el Comandante que, luego de hacerse eterno, sigue movilizandote multitudes. Santiago está despierto por él.

«¡Raúl, amigo, el pueblo está contigo!», le gritan al general. Y con su tristeza infinita y la fuerza que le transmiten millones, otra vez su voz le habla a Cuba:

En medio del dolor de estas jornadas, nos hemos sentido reconfortados y orgullosos con el sentir de los jóvenes y niños cubanos que expresan ser dignos continuadores de las ideas de Fidel.

[...] el líder de la Revolución rechazaba el culto a la personalidad, hasta las últimas consecuencias, incluso, después de fallecido. Nunca quiso que su nombre fuera para plazas, calles, instituciones...

En correspondencia con la determinación del compañero Fidel presentaremos a la próxima sesión de la Asamblea Nacional del Poder Popular las propuestas legislativas para que prevalezca su voluntad [...]

Ante los restos de Fidel en la Plaza de la Revolución Mayor General Antonio Maceo Grajales, en la heroica ciudad de Santiago de Cuba, juramos: defender la patria y el socialismo y juntos reafirmemos la sentencia del Titán de Bronce: «Quien intente apropiarse de Cuba recogerá el polvo de su suelo anegado en sangre si no perece en la contienda».

¡Viva Fidel!

Los primeros vientos del amanecer mueven una bandera a media asta. Son las 6:30 de este 4 de diciembre y ya está todo dispuesto. Los yipis del cortejo fúnebre del Comandante en Jefe, con las luces encendidas como en todo momento del recorrido y el paso lento de quienes no quieren llegar, salen del túnel de la Plaza de la Revolución Antonio Maceo y avanzan por la Avenida Patria en el último tramo del viaje que se inició hace cinco días en La Habana.

Esta mañana fría huele a flores y tristeza. Los oficiales de la caravana no usan hoy el uniforme de campaña, todos portan los trajes blancos, de ceremonia.

En las calles que ayer aclamaban al Comandante tras su llegada a Santiago, hoy también está la gente, pero los gritos no son los mismos; estos son más bajos. Ayer querían que él supiera cuánto ellos lo quieren. Hoy, que ya lo sabe, en un murmullo surge un «¡Yo soy Fidel!» que esparce el dolor y el respeto de quienes lo miran pasar rumbo al camposanto.

No hay un tramo de carretera sin personas: embarazadas, ancianos, obreros, mujeres con bebés en los brazos, estudiantes, jóvenes con brazaletes del 26 de Julio y combatientes que estuvieron a su lado en la guerra...



Comienza el último día de viaje.
Foto: Fernando Medina



Adiós.

Foto: Juvenal Balán

El coronel Feijóo sabe que son los últimos minutos del largo viaje. Recordaría después que estuvo «más de mil kilómetros pendiente de la velocidad, que la marcaba el vehículo de ceremonia que conducía el armón; de la carretera; de las flores que se movían; las paradas para limpiar la cúpula... Marché cinco días y cuatro noches detrás del jefe; sin apartarle la vista. Esa imagen es imborrable. El domingo me quedó un vacío inmenso».

Llenos de ausencia se sienten los cubanos. Por momentos, silencio, un silencio que quiebra el pecho. Es la quietud de cientos que sufren ante la imagen del cofre de cedro vestido por la bandera cubana donde se ha guardado desde hace días el corazón de Cuba.

Algunos tienen las manos tras la espalda, otros agitan suave las banderas, levantan una foto suya y miran como lo hacen los hijos agradecidos que se despiden de un padre bueno.

Son las últimas horas de su paso por las calles. Adiós, alma rota, seriedad, murmullo doloroso, carreras de muchos queriendo estar más cercanos, grabaciones, luto, cuadros, y en una ventana están colgados nuestra bandera, un pañuelo negro y un ramo de flores rojas.

«Por siempre Fidel», dice una pancarta enorme al borde de la carretera junto a la imagen sonriente del hombre por el que Cuba está triste.

Dentro de Santa Ifigenia la angustia se puede tocar. La familia más cercana, algunos hermanos de lucha y amigos miran entrar el cortejo fúnebre que se detiene bajo la serenidad de nuestra bandera a media asta. Este 4 de diciembre llegó el Comandante en Jefe



Santa Ifigenia.
Foto: Roberto Chile

hasta un pedazo de suelo en el este, cerca del nacimiento del sol, donde dormirá los próximos siglos.

En el alto monumento a José Martí, el Apóstol de Cuba, acostumbrado ya a la calma inmóvil del camposanto, las manos del general de ejército Raúl Castro Ruz e integrantes del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista depositan flores blancas.

Muy cerca del Maestro están los nichos de algunos de los jóvenes que asaltaron junto a Fidel el Moncada, el panteón de otros caídos lejos de la patria; y una piedra enorme de granito gris traída desde el yacimiento de Las Guásimas, en la Sierra Maestra, sabe que en su interior hoy va a guardar un tesoro.

A pocos metros, en una pirámide, se puede leer en letras de bronce el concepto de Revolución:

Revolución es sentido del momento histórico; es cambiar todo lo que debe ser cambiado; es igualdad y libertad plenas; es ser tratado y tratar a los demás como seres humanos; es emanciparnos por nosotros mismos y con nuestros propios esfuerzos; es desafiar poderosas fuerzas dominantes dentro y fuera del ámbito social y nacional; es defender valores en los que se cree al precio de cualquier sacrificio; es modestia, desinterés, altruismo, solidaridad y heroísmo; es luchar con audacia, inteligencia y realismo; es no mentir jamás ni violar principios éticos; es convicción profunda de que no existe fuerza en el mundo capaz de aplastar la fuerza de la verdad y las ideas. Revolución es unidad, es independencia, es luchar por nuestros sueños de justicia para Cuba y para el mundo, que es la base de nuestro patriotismo, nuestro socialismo y nuestro internacionalismo.

Sopla un poco el viento, se humedecen los ojos. Antonio Castro, uno de los hijos de Fidel con Dalia Soto del Valle, le dice al teniente coronel José Luis Peraza que ya es hora de iniciar la ceremonia de inhumación.

Cercanos a ellos, el resto de los hijos y Dalia miran cómo, con toda la marcialidad que exigen esos minutos, los dos alzan la cúpula de cristal. Peraza retira la bandera, da media vuelta, la dobla y coloca sobre otro pedestal dispuesto para ello desde la noche anterior.

Toman la tapa del cofre, la levantan. Toni hace un gesto como para quedarse con ella, pero Peraza le expresa: «Tómalo tú». Tembloroso, el hijo lleva sus manos al cofre y saca la urna con las cenizas de su padre, que es también el de millones de cubanos.

El oficial cierra el cofre vacío y da la vuelta. «¿Quieres que yo lo sostenga?», pregunta a Toni. «Sí». Y se lo entrega al hombre de las dos estrellas.

Entonces Dalia, que tiene de flor y escudo, le dice: «Déjame cargarlo». Y sostiene el peso más amoroso. Le pide a Toni que la sujete con la mano derecha y a otro de sus hijos por el brazo izquierdo. «Quiero ver si puedo caminar con él», expresa. La ayudan, avanza unos pasos y lo tiene cerca de su pecho por última vez.

De esas manos cómplices el teniente coronel Peraza toma la urna. Gira y comienza a marchar hacia Raúl, que está frente a la piedra. El militar afirma más el paso de revista, el general de ejército gira, ya lo espera. Cuando están de frente, le entrega la urna con las cenizas de su hermano.

Frente al corazón abierto de la roca, Raúl coloca el tesoro con aroma de cedro. Baja los brazos, pero otra vez los sube y vuelve a tocar a su compañero de las travesuras, de la lucha y de la vida.

Colocan entonces la lápida de mármol verde que cierra el nicho y tiene grabado con letras de bronce: FIDEL, así, sin apellidos, grados ni cargos; solo como lo llama el pueblo. Raúl, igual que aquellos días de la Sierra, levanta su brazo y con un saludo militar se despide. Con ese gesto dice tantas cosas que en pocos segundos el dolor vuelve a estremecer hasta a quienes duermen en Santa Ifigenia.

Flautas, clarinetes, saxofones, trombas... en las manos de setentaicinco jóvenes de la Unidad de Ceremonias casi terminan de tocar *Eterno Fidel*, canción compuesta por el maestro de la Banda de Música, teniente coronel Ney Miguel Milanés Gálvez, aquel hombre que en la madrugada del 26 de noviembre se sentó al piano en La Habana y pensó en Fidel.

El corneta toca atención y las notas del Himno de Bayamo junto al sonido desafiante de veintiuna salvas de artillería en honor al Comandante en Jefe quiebran el silencio. Llama la corneta a la quietud, y parece que en cualquier momento un traje verde olivo va a aparecer, una barba de luz alumbrará todo, levantará el Gigante su dedo índice y convidará de nuevo a la lucha. Fidel se respira más allá del cedro que lo guarda.



El último abrazo.
Foto: tomada de Internet



Toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz.
Foto: Roberto Chile

El golpe de unas botas sobre el suelo rompe el mutismo. Comienza la ceremonia al Héroe Nacional a la que se suma la primera guardia de honor, que desde ahora y para siempre custodiará al Comandante en Jefe.

Una rosa blanca en las manos de Raúl llega hasta el reposo eterno de Fidel. Luego depositan otras flores los dirigentes políticos y el Comandante de la Revolución Guillermo García Frías. La familia y los presidentes, líderes y amigos llegados en los últimos días y horas desde otros países también le llevan rosas blancas.

Aquí, donde descansan Martí, Carlos Manuel de Céspedes, Mariana Grajales, Guillermon Moncada, José Maceo, treintaidós generales de las contiendas independentistas; Haydée, Melba, Frank y tantos otros que lo dieron todo porque Cuba fuera libre, ahora está Fidel quien, con su costumbre de avanzar sin miedo hasta el final, ha ido una vez más al encuentro con la historia.

Mientras, afuera del cementerio, una joven intenta secarse las lágrimas, lo mismo hace una señora, y un niño, y un hombre negro... Sobre el pecho de su madre, como quien trata de encontrar refugio, se acomoda un pionero de pañoleta roja. La tristeza se reparte por Santiago y a todos parece tocarle mucha. Un señor de



A las afueras del
cementerio.
Foto: Roberto Chile

unos sesenta años no levanta la mirada del suelo, hace minutos que está así, pensando quizás en todo lo que pierde Cuba mientras dentro de una piedra se coloca a Fidel. Y ya no aguanta más, desde su impotencia humana, embravecido con la muerte, se quita los espejuelos y con un pañuelo seca su llanto.

Entre la multitud que espera, una mujer deja que le corran las lágrimas para que con ellas se vaya un poco el dolor. Otra se pone la mano en el pecho, susurra alguna oración y sin encontrar consuelo mira hacia allá, donde han guardado para siempre al Comandante.



El dolor de los más pequeños.

Foto: Roberto Chile

Hay niñas de apenas tres años junto a sus padres, casi inmóviles, siendo testigos de uno de los días más tristes que ha vivido la Isla. Por momentos algún que otro sollozo raja el aire. Abrazada a su foto de guerrillero con mochila y fusil, una santiaguera de ojos mojados mira al horizonte.

En medio de tanta angustia y quietud, una señora de frente a todos levanta su brazo y grita: «¡Yo soy Fidel!», y enseguida todos estos que sufren en las afueras del cementerio la siguen en un coro que rompe el silencio, y da paso a la infinitud de un hombre.

Entre las voces, la misma señora le grita a Fidel: «Padre, tú puedes descansar, te amarán eternamente. Este es Santiago de Cuba, rebelde ayer, hospitalaria hoy, y heroica siempre». Y ya al final, muchas voces se le unen y exclaman: «¡Viva Fidel!» «¡Viva!» Gritan todos: «¡Patria o Muerte! ¡Venceremos! ¡Hasta la Victoria Siempre!»

Por un momento el dolor encuentra consuelo en el fervor de quienes no dejarán morir a Fidel ni el día de su propia sepultura. Los de adentro sufren por irse y la gente afuera, que escuchó el himno y se estremeció con las salvas, tampoco quiere partir. Todos quieren quedarse ahí, a las puertas del cementerio santiaguero, donde dicen que ahora se está más cerca de Fidel.



El pueblo espera para entrar al cementerio.

Foto: Fernando Medina

Ya en la tarde comienza el pueblo a pasar frente a la piedra. Pero lo que nadie conoce es que fueron muy pocos y prácticamente en secreto quienes trabajaron durante diez años para concebir cómo sería el sitio de reposo para el Comandante en Jefe.

Cuentan que en el 2006 Raúl le encomendó la tarea al arquitecto Eduardo H. Lozada León, quien junto a su esposa de igual profesión, Marcia Pérez Mirabal, idearon el lugar. Fue el comandante Juan Almeida Bosque quien imaginó cómo sería el cercado perimetral y para ello propuso que en pequeño reprodujeran el monumento a José Martí en Dos Ríos. Luego de su muerte, el general de cuerpo de ejército Ramón Espinosa Martín continuó con la encomienda.

Ya él había visto la piedra y señaló el lugar exacto en el que se encontraba. Durante tres años se pulió, perforó el espacio para la urna, se revistió el interior y preparó la tarja de mármol verde. La roca pesa unas cuarentainueve toneladas, tiene cerca de cuatro metros y asemeja su forma a un grano de maíz. Fidel no quiso más. Ya dijo Martí donde cabe toda la gloria del mundo.

A ambos lados de la senda que lleva hasta el líder hay piedras traídas de ríos de la Sierra Maestra cercanos a La Plata y Uvero, los primeros combates victoriosos del Comandante y su guerrilla.



El tesoro de Cuba.
Foto: Roberto Chile

Cada detalle allí es un símbolo, desde las posturas de café en las jardineras hasta los helechos de las montañas que recuerdan el verde olivo de los uniformes rebeldes.

No habrá estatuas de bronce con su figura, ni escuelas que lleven su nombre, tampoco bustos en los parques; es su voluntad, pero por él, como dijo Eusebio Leal en la Asamblea Nacional: «No podemos convertir en consigna, ni vaciar en bronce, ni en mármol, ni en palabras huecas, ni en alharaca, ni algarabía, ni en jolgorio su pensamiento [...]

»Cumplamos la voluntad de un vivo, no de un muerto», sentenció el historiador de La Habana, y como si Fidel hablara ante el Parlamento, prosiguió: «No me rindan culto de palabra, ríndanme culto de obras: que se levante la producción, que se levante el campo, que se levante el trabajo, que avergüence el robo; que se sienta orgullo de nacer en esta República, que no emigren, que permanezcan, que trabajen, que se unan [...]».

Hace nueve lunas que Cuba llora. Ya se extraña al Comandante. Hoy acaba el duelo pero no el dolor. Volverán las banderas a subir casi toda el asta. Se ha ido un grande de la Historia. En lo adelante, la vida de Fidel dependerá de nosotros.

Cabalgando con Fidel (audio)



Autor: Raúl Torres.

Arreglos del Maestro Pancho Amat. Acompañamiento de la Orquesta Sinfónica Nacional y Yasek Manzano. Voces de Raúl Torres, Eduardo Sosa, Luna Manzanares y Annie Garcés. Estudios Abdala.

Fuente: [Cubadebate](#)